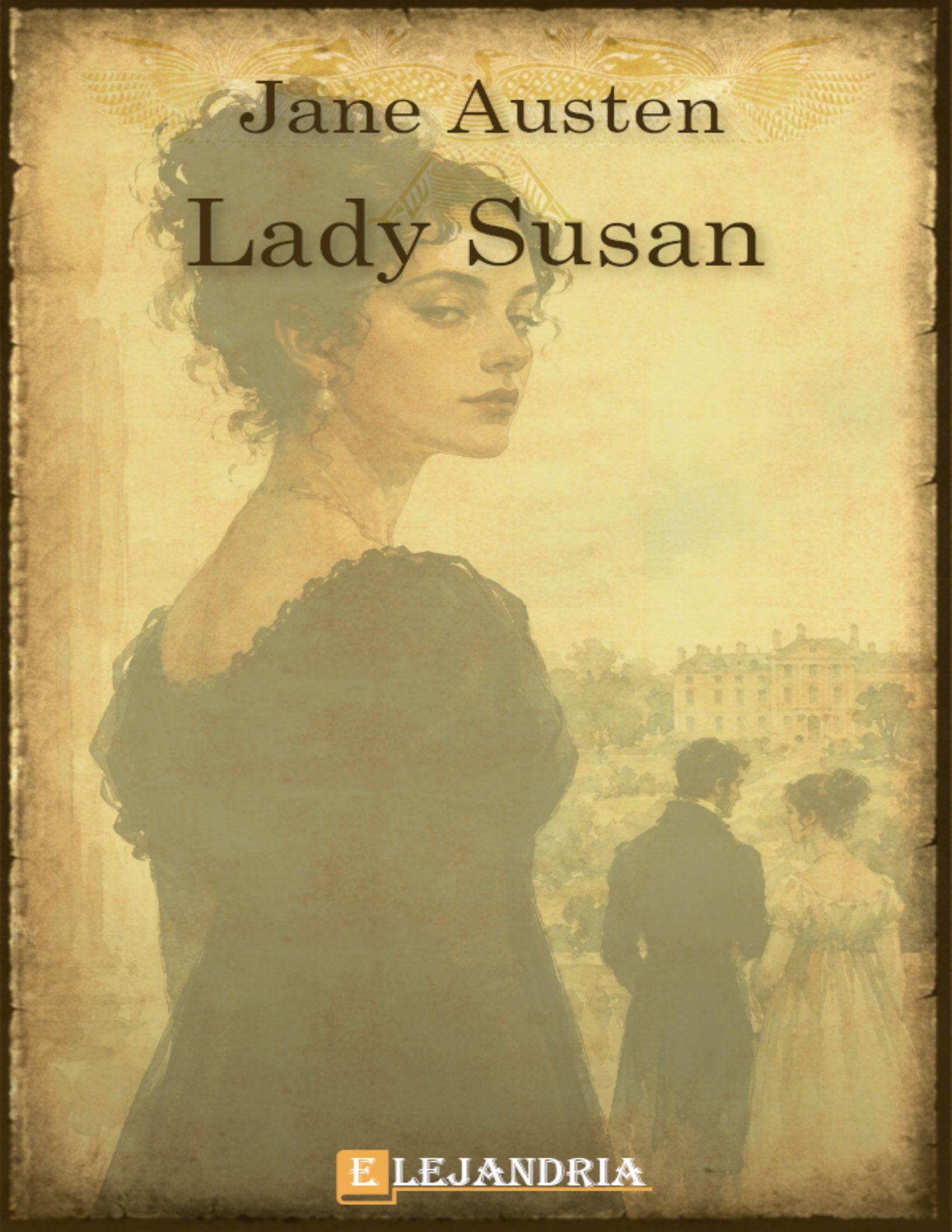
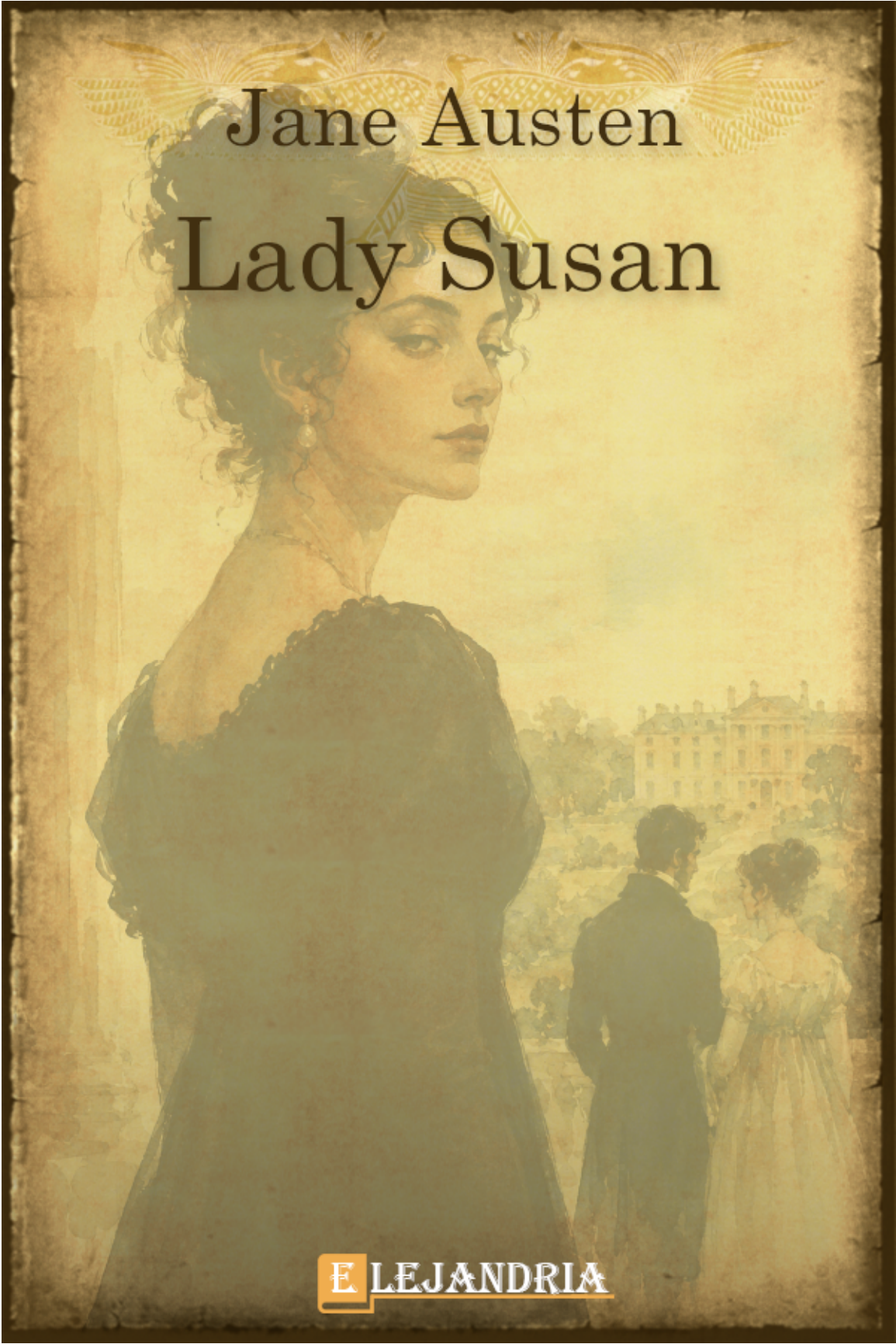




Jane Austen

Lady Susan

E LEJANDRIA

The book cover features a classical painting of a woman in a dark, off-the-shoulder dress, looking over her shoulder. In the background, a man and a woman are walking towards a large, multi-story building. The title 'Jane Austen' is at the top, and 'Lady Susan' is below it. The publisher's logo 'E LEJANDRIA' is at the bottom.

Jane Austen

Lady Susan

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LADY SUSAN

JANE AUSTEN

PUBLICADO: 1871

FUENTE: [HTTPS://WWW.GUTENBERG.ORG](https://www.gutenberg.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

I

Lady Susan Vernon a Mr. Vernon.

Langford, diciembre.

MI QUERIDO HERMANO: Ya no puedo negarme el placer de aprovechar tu amable invitación de la última vez que nos separamos para pasar algunas semanas contigo en Churchhill; así pues, si te resulta del todo conveniente a ti y a Mrs. Vernon recibirme en este momento, espero poder ser presentada en pocos días a una hermana con quien llevo tanto tiempo deseando relacionarme. Mis buenos amigos de aquí me instan con el mayor afecto a prolongar mi estancia, pero sus disposiciones hospitalarias y alegres los llevan demasiado hacia la vida social para mi situación y estado de ánimo actuales; y aguardo con impaciencia la hora en que me sea dado entrar en vuestro delicioso retiro.

Tengo muchas ganas de conocer a tus queridos pequeños, en cuyos corazones estoy muy ansiosa por ganarme un lugar. Pronto tendré necesidad de toda mi fortaleza, pues estoy a punto de separarme de mi propia hija. La larga enfermedad de su querido padre me impidió prestarle la atención que el deber y el afecto igualmente reclamaban, y tengo sobrados motivos para temer que la institutriz a cuyo cuidado la encomendé no estuvo a la altura de su cometido. He resuelto, por tanto, internarla en uno de los mejores colegios privados de la ciudad, donde tendré la oportunidad de

dejarla yo misma de camino hacia vosotros. Ya ves que estoy decidida a no dejarme cerrar las puertas de Churchhill. Sería para mí motivo de muy dolorosas sensaciones saber que no estuviera en tu mano recibirme.

Tu muy obligada y afectuosa hermana,S. VERNON.

II

Lady Susan Vernon a Mrs. Johnson.

Langford.

Te equivocabas, mi querida Alicia, al suponer que estaba establecida en este lugar para el resto del invierno: me apena decirte hasta qué punto te equivocabas, pues pocas veces he pasado tres meses tan agradables como los que acaban de transcurrir. En este momento, nada marcha bien; las mujeres de la familia están unidas en mi contra. Tú ya predijiste cómo acabaría cuando llegué por primera vez a Langford, y Mainwaring es tan extraordinariamente agradable que yo misma no estaba sin ciertos temores por mí. Recuerdo haberme dicho, al acercarme a la casa en el carruaje: «Este hombre me gusta; ¡que el Cielo quiera que no resulte ningún mal de ello!» Pero estaba decidida a ser discreta, a tener presente que llevaba solo cuatro meses de viuda, y a comportarme con la mayor tranquilidad posible; y así lo he hecho, criatura mía: no he admitido las atenciones de nadie salvo las de Mainwaring. He evitado todo coqueteo de carácter general; de entre

todos los que frecuentan esta casa no he distinguido a nadie más, excepto a Sir James Martin, a quien dediqué alguna atención con el fin de alejarlo de Miss Mainwaring; y si el mundo pudiera conocer mis motivos me honraría por ello. Me han llamado madre desafecta, pero fue el sagrado impulso del afecto maternal, fue la conveniencia de mi hija lo que me guió; y si esa hija no fuera la mayor simplona sobre la tierra, yo habría recibido la recompensa que mis esfuerzos merecían.

Sir James hizo en efecto una propuesta a favor de Frederica; pero Frederica, que nació para ser el tormento de mi vida, eligió oponerse al matrimonio con tal violencia que juzgué preferible dejar el proyecto de lado por el momento. Más de una vez me he lamentado de no haberme casado yo misma con él; y si fuera un grado menos despreciablemente débil, desde luego lo haría; pero he de reconocer que soy bastante romántica en ese sentido, y que la sola riqueza no me satisface. El desenlace de todo esto es muy irritante: Sir James se ha marchado, Maria está profundamente ofendida y Mrs. Mainwaring insoportablemente celosa; tan celosa, en fin, y tan enfurecida contra mí, que en el arrebató de su temperamento no me sorprendería que recurriese a su tutor, si tuviese la libertad de dirigirse a él; pero en eso tu marido es mi aliado, y la acción más amable y gentil de su vida fue haberla apartado de sí para siempre en el momento de su boda. Conserva pues su resentimiento hacia ella, te lo encarezco. Estamos ahora en una situación lamentable; nunca se vio una casa más alterada; todo el grupo está en guerra y Mainwaring apenas se atreve a dirigirme la palabra. Es hora de que me vaya; he resuelto, por tanto, partir, y espero pasar un día agradable contigo en la ciudad dentro de esta semana. Si soy tan poco del agrado de Mr. Johnson como siempre, tendrás que venir a verme al número 10 de Wigmore Street; aunque confío en que no sea el caso, pues siendo Mr. Johnson, con todos sus defectos, un hombre al que siempre se concede ese gran calificativo de «respetable», y siendo conocida mi intimidad con su esposa, el que me trate con desdén resulta de lo más extraño.

Paso por Londres de camino hacia ese lugar insoportable que es un pueblo del campo, pues en verdad voy a Churchhill. Perdóname, mi querida amiga; es mi último recurso. Si hubiera otro lugar en Inglaterra adonde poder ir, lo preferiría. Charles Vernon me resulta antipático, y su mujer me da miedo. En Churchhill, sin embargo, debo quedarme hasta que se me presente algo mejor. Mi joven señorita me acompaña a la ciudad, donde la pondré al cuidado de Miss Summers, en Wigmore Street, hasta que se vuelva algo más razonable. Allí hará buenas relaciones, pues las chicas son todas de las mejores familias. El precio es enorme, muy por encima de lo que alguna vez pueda intentar pagar.

Adiós; te enviaré una línea en cuanto llegue a la ciudad.

Tuya siempre, S. VERNON.

III

Mrs. Vernon a Lady De Courcy.

Churchhill.

Mi querida madre: Lamento mucho tener que decirle que no nos será posible cumplir nuestra promesa de pasar la Navidad con usted; y nos impide esa dicha una circunstancia que difícilmente puede compensárnosla. Lady Susan, en una carta a su cuñado, ha declarado su intención de visitarnos casi de inmediato; y como semejante visita es en toda probabilidad un mero asunto de conveniencia, es imposible conjeturar su duración. No estaba en

modo alguno preparada para tal acontecimiento, ni puedo ahora explicarme la conducta de su señoría; Langford parecía ser exactamente el lugar adecuado para ella en todos los sentidos, tanto por el estilo de vida elegante y costoso que allí se lleva como por su particular inclinación hacia Mr. Mainwaring, de modo que estaba muy lejos de esperarme una distinción tan pronta, aunque siempre imaginé, dada la creciente amistad que nos ha profesado desde la muerte de su marido, que en algún momento futuro nos veríamos obligadas a recibirla. Mr. Vernon fue, creo yo, excesivamente amable con ella durante su estancia en Staffordshire; su comportamiento hacia él, al margen de su carácter en general, ha sido tan inexcusablemente artificioso y desleal desde que nuestro matrimonio empezó a tratarse, que cualquiera menos amable y apacible que él lo habría pasado por alto; y aunque, en calidad de viuda de su hermano y en circunstancias apuradas, era conveniente prestarle asistencia económica, no puedo evitar pensar que su insistente invitación para que nos visitara en Churchhill era del todo innecesaria. Dispuesto como está siempre a pensar lo mejor de todo el mundo, la exhibición de pesar de ella, sus protestas de arrepentimiento y sus propósitos generales de prudencia bastaron para ablandarle el corazón y hacer que confiara de veras en su sinceridad; pero, en cuanto a mí, sigo sin estar convencida, y por muy plausible que sea la carta de su señoría, no puedo decidirme hasta entender mejor su verdadera intención al venir a nuestra casa. Puede usted imaginarse, querida madre, con qué sentimientos aguardo su llegada. Tendrá ocasión de poner en juego todos esos atractivos poderes por los que es celebrada si quiere ganarse la menor parte de mi estima; y desde luego procuraré guardarme de su influencia, si no va acompañada de algo más sustancial. Expresa el más vivo deseo de conocerme y menciona con mucha gracia a mis hijos; pero no soy tan ingenua como para suponer que una mujer que se ha comportado con indiferencia, cuando no con crueldad, hacia su propia hija vaya a sentir afecto por los míos. Miss Vernon ha de ser colocada en un colegio de Londres antes de que su madre venga a vernos, lo cual me alegra, por el bien de las dos. No puede sino beneficiarle separarse de su madre, y una muchacha de

dieciséis años que ha recibido una educación tan deplorable no sería una compañía muy deseable aquí. Sé que Reginald lleva tiempo deseando conocer a la cautivadora Lady Susan, y contamos con que se una pronto a nuestra reunión. Me alegra saber que mi padre continúa tan bien, y quedo, con todo mi afecto, etc.,

CATHERINE VERNON.

IV

Mr. De Courcy a Mrs. Vernon.

Parklands.

Mi querida hermana: Te felicito a ti y a Mr. Vernon por estar a punto de recibir en vuestra casa a la coqueta más consumada de Inglaterra. Siempre me han enseñado a considerarla una flirteadora de mucho renombre, pero últimamente he tenido ocasión de escuchar algunos detalles de su conducta en Langford que demuestran que no se limita a ese tipo de coqueteo honesto que satisface a la mayoría, sino que aspira a la más deliciosa gratificación de hacer desgraciada a toda una familia. Con su comportamiento hacia Mr. Mainwaring sembró los celos y la desdicha en su esposa, y con sus atenciones a un joven que previamente cortejaba a la hermana de Mr. Mainwaring privó a una muchacha amable de su pretendiente.

Todo esto lo supe por Mr. Smith, que se encuentra ahora en esta vecindad (he cenado con él en Hurst y Wilford), recién llegado de

Langford, donde pasó quince días con su señoría y está por tanto muy bien situado para hacer esa comunicación.

¡Vaya mujer! Tengo muchas ganas de verla, y desde luego aceptaré tu amable invitación para hacerme alguna idea de esos poderes hechiceros que tanto son capaces de lograr: conquistar al mismo tiempo y bajo el mismo techo los afectos de dos hombres que ninguno de los dos tenía libertad para otorgarlos, ¡y todo ello sin el encanto de la juventud! Me alegra saber que Miss Vernon no acompaña a su madre a Churchhill, pues no tiene siquiera los modales que la recomienden; y según cuenta Mr. Smith, es igualmente sosa y altanera. Allí donde se unen la altivez y la estupidez no puede haber disimulo que merezca la pena, y Miss Vernon quedará relegada al más implacable desprecio; pero por todo lo que puedo deducir, Lady Susan posee un grado de engañosa fascinación que ha de ser un placer presenciar y desenmascarar. Estaré con vosotros muy pronto, y quedo siempre

Tu afectuoso hermano, R. DE COURCY.

V

Lady Susan Vernon a Mrs. Johnson.
Churchhill.

Recibí tu nota, mi querida Alicia, justo antes de salir de la ciudad, y me alegra saber que Mr. Johnson no sospechó nada de tu compromiso de la noche anterior. Sin duda es mejor engañarle por

completo, y puesto que se empeña en ser terco habrá que embaucarlo. Llegué aquí sin novedad, y no tengo motivo de queja respecto a la acogida de Mr. Vernon; pero debo reconocer que no me ha satisfecho en igual medida el comportamiento de su señora. Es de muy buena cuna, en efecto, y tiene el porte de una mujer de mundo, pero sus modales no son tales que puedan persuadirme de que esté bien predispuesta hacia mí. Quería que estuviese encantada de verme. Me mostré todo lo amable que pude en la ocasión, pero fue en vano. No le caigo bien. Ciertamente es que, si consideramos que me tomé alguna molestia para impedir el matrimonio de mi cuñado con ella, esta falta de cordialidad no es muy sorprendente; y sin embargo revela un espíritu mezquino y vengativo el guardar rencor por un proyecto que me ocupó hace seis años y que al final nunca llegó a buen puerto.

A veces me inclino a lamentarme de no haber dejado que Charles comprara el castillo de Vernon cuando nos vimos obligadas a venderlo; pero fue una circunstancia difícil, sobre todo porque la venta tuvo lugar exactamente en el momento de su boda; y todo el mundo debería respetar la delicadeza de esos sentimientos que no podían tolerar que la dignidad de mi marido se viera mermada por el hecho de que su hermano menor se hiciera con la propiedad familiar. De haberse podido disponer las cosas de forma que evitara la necesidad de abandonar el castillo, de haber podido vivir con Charles manteniéndolo soltero, yo habría estado muy lejos de persuadir a mi marido de venderlo a otro; pero Charles estaba a punto de casarse con Miss De Courcy, y los hechos me han dado la razón. Aquí hay hijos en abundancia, ¿y qué beneficio habría podido sacar yo de que comprara Vernon? El haberlo impedido puede que le haya dado a su esposa una impresión desfavorable; pero donde hay disposición a mirar con malos ojos, nunca falta el pretexto, y en cuanto a cuestiones de dinero, eso no ha sido obstáculo para que me sea de gran utilidad. En verdad le tengo aprecio; ¡es tan fácil de engañar! La casa es buena, el mobiliario de moda, y todo anuncia abundancia y elegancia. Charles es muy rico, estoy segura; cuando un hombre tiene su nombre en una casa de banca, el dinero corre a raudales;

pero no saben qué hacer con él, reciben muy poca compañía y no van a Londres más que por negocios. Aquí nos vamos a aburrir soberanamente. Pienso ganarme el corazón de mi cuñada a través de los niños; ya me sé todos sus nombres y me dispongo a encariñarme con el mayor afecto con uno en particular, un pequeño Frederic a quien tengo en mi regazo y sobre quien suspiro pensando en su querido tío.

¡Pobre Mainwaring! No hace falta que te diga cuánto le echo de menos, cuán constantemente está en mis pensamientos. Encontré al llegar una carta muy lúgubre suya, llena de quejas de su mujer y su hermana y de lamentos sobre la crueldad de su destino. La hice pasar por carta de su mujer ante los Vernon, y cuando le escriba habrá de ser a través de ti.

Siempre tuya, S. VERNON.

VI

Mrs. Vernon a Mr. De Courcy.

Churchhill.

Pues bien, querido Reginald, he visto a esta peligrosa criatura y debo darte alguna descripción de ella, aunque espero que pronto puedas formarte tu propio juicio. Es realmente muy guapa; por mucho que quieras poner en duda los atractivos de una dama que ya no es joven, yo debo declarar, por mi parte, que pocas veces he visto a una mujer tan bella como Lady Susan. Es de una blancura

delicada, con hermosos ojos grises y largas pestañas oscuras; y por su aspecto nadie le daría más de veinticinco años, aunque en realidad debe de tener diez más. Desde luego no estaba dispuesta a admirarla, a pesar de haberla oído siempre alabar como belleza; pero no puedo evitar percibir que posee una unión poco común de simetría, brillantez y gracia. Su trato conmigo fue tan gentil, franco e incluso afectuoso que, de no haber sabido cuánto siempre me ha tenido antipática por haberme casado con Mr. Vernon, y de no ser cierto que nunca nos habíamos visto, la habría tomado por una amiga entrañable. Se tiende, creo yo, a asociar el aplomo en los modales con la coquetería y a esperar que una actitud insolente vaya naturalmente unida a un espíritu insolente; al menos yo me había preparado para un exceso de confianza impropia en Lady Susan; pero su semblante es absolutamente dulce, y su voz y sus modales de una suavidad encantadora. Lo lamento, porque ¿qué es eso sino engaño? Por desgracia, la conocemos demasiado bien. Es inteligente y agradable, posee ese conocimiento del mundo que facilita la conversación, y habla muy bien, con un dominio feliz del lenguaje que, según creo, utiliza con demasiada frecuencia para hacer aparecer negro lo blanco. Ya casi me ha persuadido de que siente un vivo afecto por su hija, aunque llevo tanto tiempo convencida de lo contrario. Habla de ella con tanta ternura e inquietud, lamentando tan amargamente el descuido de su educación —que ella presenta, sin embargo, como del todo inevitable—, que me veo obligada a recordar cuántas primaveras sucesivas pasó su señoría en la ciudad mientras su hija quedaba en Staffordshire al cuidado de criados, o de una institutriz poco mejor que ellos, para no dejarme convencer por sus palabras.

Si sus modales ejercen tan gran influencia sobre mi corazón resentido, puedes imaginar con cuánta mayor fuerza obran sobre el generoso temperamento de Mr. Vernon. Ojalá pudiera estar tan satisfecha como él de que fue realmente su elección abandonar Langford por Churchhill; y si no hubiera permanecido allí tantos meses antes de descubrir que el modo de vida de su amiga no convenía a su situación y sus sentimientos, quizás habría podido

creer que la aflicción por la pérdida de un marido como Mr. Vernon —hacia quien su propio comportamiento distaba mucho de ser irreproachable— podría haberla impulsado a desear el retiro por algún tiempo. Pero no puedo olvidar la duración de su visita a los Mainwaring, y cuando reflexiono sobre el tan diferente modo de vida que llevó con ellos comparado con aquel al que debe ahora someterse, solo puedo suponer que el deseo de restablecer su reputación siguiendo, aunque tarde, el camino de la decencia, fue lo que motivó su salida de una familia donde debía de haber sido particularmente feliz. La historia de tu amigo Mr. Smith, sin embargo, no puede ser del todo exacta, pues ella se cartea regularmente con Mrs. Mainwaring. En cualquier caso, tiene que estar exagerada. Apenas es posible que dos hombres se hayan dejado engañar por ella tan groseramente al mismo tiempo.

Queda de usted, etc., CATHERINE VERNON.

VII

Lady Susan Vernon a Mrs. Johnson.

Churchhill.

Mi querida Alicia: Haces muy bien en ocuparte de Frederica, y te lo agradezco como muestra de tu amistad; pero como no puedo dudar de la calidez de tu afecto, estoy muy lejos de exigirte un sacrificio tan pesado. Es una muchacha sosa que no tiene nada que la recomiende. No quiero, por tanto, que por mi causa ocupes ni un

instante de tu precioso tiempo enviando a buscarla a Edward Street, sobre todo porque cada visita resta tiempo a esa gran empresa que es su educación, a la que realmente deseo que se preste atención mientras permanezca en la academia de Miss Summers. Quiero que toque y cante con alguna porción de gusto y bastante aplomo, pues tiene mis manos y mis brazos y una voz tolerable. Yo fui tan mimada en mis primeros años que nunca me vi obligada a prestar atención a nada, y en consecuencia carezco de los conocimientos que hoy son necesarios para que una mujer bonita sea completa. No es que sea partidaria de la moda imperante de adquirir un conocimiento perfecto de todos los idiomas, artes y ciencias. Es perder el tiempo dominar el francés, el italiano y el alemán: la música, el canto y el dibujo, etc., le ganarán a una mujer algún aplauso, pero no le añadirán un solo pretendiente a su lista; el garbo y los modales son, al fin y al cabo, lo que más importa. No pretendo, por tanto, que los conocimientos de Frederica sean más que superficiales, y me lisonjeo de que no permanecerá en el colegio el tiempo suficiente para entender nada a fondo. Espero verla casada con Sir James antes de que pase un año. Sabes en qué fundamento mi esperanza, y es desde luego un buen cimiento, pues el internado ha de ser muy humillante para una muchacha de la edad de Frederica. Y, a propósito, será mejor que no la invites más por esa misma razón, pues quiero que encuentre su situación lo más desagradable posible. Tengo a Sir James asegurado en cualquier momento y podría hacer que renovara su solicitud con una sola línea. Te encarezco mientras tanto que le impidas formar cualquier otro afecto cuando venga a la ciudad. Invítale a tu casa de vez en cuando y habla con él de Frederica, para que no la olvide. En conjunto, me felicito muchísimo por mi propia conducta en este asunto y lo considero un caso muy feliz de circunspección y ternura. Algunas madres habrían insistido en que su hija aceptara una oferta tan buena desde el primer momento; pero yo no he podido reconciliarme con la idea de obligar a Frederica a un matrimonio del que su corazón se rebelaba, y en lugar de adoptar una medida tan drástica me limito a convertirlo en su propia elección haciéndola sentir profundamente incómoda hasta que lo acepte. Pero basta de esta chica tan cargante. Bien puedes

preguntarte cómo me las arreglo para pasar el tiempo aquí, y la verdad es que la primera semana fue insoportablemente aburrida. Ahora, sin embargo, empezamos a mejorar; nuestra reunión se ha visto ampliada por el hermano de Mrs. Vernon, un joven apuesto que me promete cierta diversión. Hay algo en él que me interesa bastante, una especie de descaro y familiaridad que me encargaré de enseñarle a corregir. Es animado y parece inteligente, y cuando le haya inspirado mayor respeto hacia mí del que los buenos oficios de su hermana han inculcado en él, puede ser un flirt agradable. Hay un placer exquisito en doblegar un espíritu insolente, en hacer que una persona predispuesta a no gustarte reconozca tu superioridad. Ya le he desconcertado con mi serena reserva, y será mi empeño humillar aún más el orgullo de estos tan importantes De Courcy, convencer a Mrs. Vernon de que sus avisos de hermana han sido prodigados en vano y persuadir a Reginald de que me ha calumniado escandalosamente. Este proyecto me servirá al menos para entretenerme e impedir que sienta con tanta agudeza esta terrible separación de ti y de todos los que quiero.

Tuya siempre, S. VERNON.

VIII

Mrs. Vernon a Lady De Courcy.
Churchhill.

Mi querida madre: No debe usted esperar que Reginald vuelva por el momento. Me encarga que le diga que el tiempo abierto que tenemos ahora le induce a aceptar la invitación de Mr. Vernon para prolongar su estancia en Sussex y cazar juntos. Piensa enviar a buscar sus caballos de inmediato, y es imposible decir cuándo podrá usted verle en Kent. No quiero ocultarle mis sentimientos ante este cambio, querida madre, aunque creo que sería mejor que no se los comunicara a mi padre, cuya desmedida inquietud por Reginald le haría sufrir una alarma que podría afectar gravemente a su salud y a su ánimo. Lady Susan ha conseguido, sin duda, en el espacio de una quincena, hacer que mi hermano le tome afecto. En suma, estoy persuadida de que su prolongación aquí, más allá del tiempo que en principio había fijado para su regreso, se debe tanto a cierta fascinación hacia ella como al deseo de cazar con Mr. Vernon; y desde luego no puedo encontrar en la duración de su visita el placer que la compañía de mi hermano me procuraría de otro modo. Estoy verdaderamente irritada por los artificios de esta mujer sin principios; ¿qué prueba más contundente de sus peligrosas facultades puede darse que esta perversión del juicio de Reginald, que al entrar en esta casa era tan decididamente adverso a ella? En su última carta llegó incluso a darme algunos detalles de su comportamiento en Langford, tal como los recibió de un caballero que la conocía perfectamente, detalles que, de ser ciertos, deberían suscitar el mayor horror y en los que el propio Reginald estaba enteramente dispuesto a creer. Su opinión de ella era, estoy segura, tan baja como pueda tenerse de ninguna mujer en Inglaterra; y cuando llegó aquí era evidente que la consideraba como alguien que no tenía derecho ni a la delicadeza ni al respeto, y que le parecía que estaría encantada con las atenciones de cualquier hombre dispuesto a coquetear con ella. Su comportamiento, lo reconozco, ha sido calculado para deshacer semejante idea; no he detectado en él la menor impropiedad, nada de vanidad, de presunción, de ligereza; y es tan atractiva en conjunto que no me sorprendería que se sintiera encantado con ella aunque no supiera nada de su pasado antes de este trato personal; pero contra toda razón, contra toda convicción, sentirse tan a gusto con ella como estoy segura de que

está, eso sí me asombra de verdad. Su admiración fue al principio muy intensa, pero no más de lo natural, y no me extrañó que le causara una gran impresión la dulzura y delicadeza de sus modales; pero cuando la ha mencionado últimamente ha sido en términos de elogio más extraordinario; y ayer llegó a decir que no podía sorprenderse de ningún efecto que una hermosura y unas facultades semejantes produjeran en el corazón de un hombre; y cuando yo lamenté, en respuesta, la maldad de su carácter, él observó que, cualesquiera que hubieran sido sus errores, debían atribuirse a la educación descuidada que recibió y a su matrimonio temprano, y que en definitiva era una mujer extraordinaria. Esta tendencia a disculpar su conducta o a olvidarla en el ardor de la admiración me exaspera; y si no supiera que Reginald se encuentra suficientemente en casa en Churchhill como para no necesitar una invitación que alargue su visita, lamentaría que Mr. Vernon se la hubiera dado. Las intenciones de Lady Susan son, naturalmente, las de una pura coquetería o el deseo de admiración universal; no puedo imaginar por un momento que tenga algo más serio en mente; pero me mortifica ver que un joven con el buen juicio de Reginald se deje embaucar por ella en lo más mínimo.

Quedo, etc., CATHERINE VERNON.

IX

Mrs. Johnson a Lady S. Vernon.

Edward Street.

Mi queridísima amiga: Te felicito por la llegada de Mr. De Courcy y te aconsejo que te cases con él sin más dilación; el patrimonio de su padre es, según sabemos, considerable, y creo que está vinculado. Sir Reginald está muy achacoso y no es probable que se interponga en tu camino mucho tiempo. Al joven le hablan muy bien, y aunque nadie puede merecer verdaderamente a mi queridísima Susan, Mr. De Courcy puede ser digno de ser tenido en cuenta. Mainwaring se pondrá furioso, naturalmente, pero tú le apaciguas con facilidad; además, el más escrupuloso sentido del honor no podría exigirte que esperases a que se vea libre. He visto a Sir James; vino a la ciudad unos pocos días la semana pasada y pasó varias veces por Edward Street. Hablé con él de ti y de tu hija, y está tan lejos de haberte olvidado que estoy segura de que se casaría con cualquiera de las dos con mucho gusto. Le di esperanzas de que Frederica cedería y le hablé mucho de sus progresos. Le riñí por cortejar a Maria Mainwaring; él protestó que había sido solo en broma, y los dos nos reímos mucho de su chasco; en suma, nos lo pasamos muy bien. Sigue siendo tan tonto como siempre.

Tuya fielmente, ALICIA.

X

Lady Susan Vernon a Mrs. Johnson.
Churchhill.

Te agradezco mucho, mi querida amiga, tu consejo respecto a Mr. De Courcy, que sé que me dabas con la plena convicción de su conveniencia, aunque no estoy del todo decidida a seguirlo. No me resulta fácil resolver algo tan serio como el matrimonio; sobre todo porque en este momento no necesito dinero, y quizás, hasta la muerte del viejo caballero, el partido me beneficiaría poco. Es verdad que soy suficientemente vanidosa como para creer que está a mi alcance. Le he hecho sentir mi poder, y ahora puedo saborear el placer de triunfar sobre un ánimo preparado para no gustarme y prevenido contra todos mis actos pasados. Su hermana también está convencida, espero, de cuán poco sirven las representaciones mezquinas que alguien hace en perjuicio de otro cuando se oponen a la influencia directa del talento y los modales. Veo claramente que le incomoda el avance que estoy haciendo en la buena opinión de su hermano, y concluyo que no le faltarán empeños para contrarrestarme; pero habiendo conseguido una vez que él dudara de la justicia de la opinión que ella tiene de mí, creo que puedo desafiarla. Ha sido un delicioso entretenimiento para mí observar sus avances hacia la intimidad, especialmente ver sus modales transformados en consecuencia de haber yo frenado, con la fría dignidad de mi porte, su insolente aproximación a una familiaridad directa. Mi conducta ha sido igualmente prudente desde el principio, y nunca me he comportado con menos coquetería a lo largo de toda mi vida, aunque quizás mi deseo de dominio nunca haya sido más decidido. Le he subyugado por completo mediante la sensibilidad y la conversación seria, y le he hecho, me atrevo a decirlo, estar al menos a medias enamorado de mí, sin la menor apariencia del más vulgar coqueteo. La conciencia que tiene Mrs. Vernon de merecer cuanta venganza pueda estar en mi mano infligirle, dadas sus malas artes, es lo único que podría hacerle percibir que me guía algún designio en un comportamiento tan suave y sin pretensiones. Que piense y obre como quiera, sin embargo. Nunca he encontrado aún que el consejo de una hermana sea capaz de impedir que un joven se enamore si él lo decide. Vamos avanzando ahora hacia cierta confianza y, en suma, nos encaminamos a algo así como una amistad platónica. De mi parte puede estar segura de que nunca

será más, pues aunque no estuviera encariñada con otra persona tanto como puedo estarlo con alguien, me habría propuesto no entregar mi afecto a un hombre que se atrevió a pensar tan mezquinamente de mí. Reginald tiene buena figura y no es indigno del elogio que le has oído, aunque es con mucho inferior a nuestro amigo de Langford. Es menos pulido, menos insinuante que Mainwaring, y comparativamente inferior en ese poder de decir esas cosas encantadoras que ponen a una de buen humor consigo misma y con el mundo entero. Es, sin embargo, bastante agradable para entretenerme y para hacer que pasen de modo muy placentero muchas de las horas que de otro modo habría pasado procurando vencer la reserva de mi cuñada y escuchando la insípida charla de su marido. Tu noticia sobre Sir James es muy satisfactoria, y pienso darle a Miss Frederica una idea de mis intenciones muy pronto.

Queda de usted, etc., S. VERNON.

XI

Mrs. Vernon a Lady De Courcy.

Churchhill.

Cada vez me inquieto más, queridísima madre, por Reginald, al ser testigo del rapidísimo incremento de la influencia de Lady Susan. Están ahora en los términos de la más particular amistad, con frecuencia enfrascados en largas conversaciones; y ella ha conseguido, mediante la más artificiosa coquetería, someter su juicio

a sus propios fines. Es imposible ver establecida entre ellos una intimidad tan grande en tan poco tiempo sin cierta alarma, aunque apenas puedo suponer que los planes de Lady Susan lleguen hasta el matrimonio. Ojalá pudiera usted llevarse a Reginald a casa con cualquier pretexto verosímil; no está en absoluto dispuesto a marcharse, y le he dado cuantas insinuaciones sobre el precario estado de salud de mi padre puede permitirme la decencia en mi propia casa. Su poder sobre él debe ser ahora ilimitado, pues ha borrado por completo toda su anterior mala opinión y le ha persuadido no solo de olvidar sino de justificar su conducta. Lo que Mr. Smith contó de su comportamiento en Langford, donde la acusaba de haber hecho enloquecer de amor a Mr. Mainwaring y a un joven prometido con Miss Mainwaring, y que Reginald creía firmemente cuando llegó aquí, es ahora, está convencido, una mera invención calumniosa. Me lo ha dicho con un calor de expresión que denotaba su pesar por haberlo creído él mismo anteriormente. ¡Cuánto deploro que haya entrado jamás en esta casa! Siempre esperé su llegada con inquietud; pero estaba muy lejos de nacer esa inquietud de temor por Reginald. Esperaba una compañera muy desagradable para mí, pero no podía imaginar que mi hermano corriera el menor peligro de ser seducido por una mujer con cuyos principios estaba tan bien al tanto y cuyo carácter desdeñaba de corazón. Si puede usted llevárselo, será un bien.

Queda de usted, etc., CATHERINE VERNON.

XII

Sir Reginald De Courcy a su hijo.

Parklands.

Sé que los jóvenes en general no admiten ninguna indagación, ni siquiera de sus parientes más cercanos, sobre los asuntos del corazón; pero espero, querido Reginald, que seas superior a quienes no conceden nada a la inquietud de un padre y se consideran con derecho a negarle su confianza y desatender sus consejos. Debes ser consciente de que, como hijo único y representante de una antigua familia, tu conducta en la vida es de la mayor importancia para los tuyos; y en el asunto tan importante del matrimonio en particular, está en juego todo: tu propia felicidad, la de tus padres y el honor de tu nombre. No supongo que hayas de comprometerte deliberadamente sin informar a tu madre y a mí, o al menos sin estar convencido de que aprobaríamos tu elección; pero no puedo evitar temer que la dama que últimamente te ha atraído te lleve a un matrimonio que toda tu familia, cercana y lejana, habría de reprobar con la mayor energía. La edad de Lady Susan es ya de por sí un obstáculo material, pero la falta de carácter lo es de modo mucho más grave, de tal suerte que la diferencia de hasta doce años resulta en comparación de escasa importancia. Si no estuvieras cegado por una especie de fascinación, sería ridículo de mi parte repetir los ejemplos de grave mala conducta por su parte que son de conocimiento tan general.

Su negligencia hacia su marido, sus devaneos con otros hombres, su extravagancia y su disipación eran tan escandalosos y notorios que nadie pudo ignorarlos en su momento, ni puede haberlos olvidado ahora. A nuestra familia siempre la han presentado con

colores suavizados, gracias a la benevolencia de Mr. Charles Vernon; y sin embargo, a pesar de sus generosos esfuerzos por disculparla, sabemos que hizo todo lo posible, por los motivos más egoístas, para impedir su matrimonio con Catherine.

Mis años y las crecientes achaques me hacen desear vivamente verte establecido en el mundo. A la fortuna de una esposa me tiene indiferente la bondad de la mía propia; pero su familia y su carácter han de ser igualmente irreprochables. Cuando tu elección esté fijada de forma que no pueda ponerse ninguna objeción, te prometo entonces un consentimiento pronto y de todo corazón; pero es mi deber oponerme a un matrimonio que solo la más profunda astucia podría hacer posible y que habrá de ser al final motivo de desdicha. Es posible que su comportamiento no nazca sino de vanidad, o del deseo de ganarse la admiración de un hombre al que debe suponer particularmente prevenido contra ella; pero es más probable que aspire a algo más. Es pobre, y naturalmente buscará una alianza que le sea ventajosa; conoces tus propios derechos y sabes que no está en mi mano impedirte heredar el patrimonio familiar. Mi capacidad de perjudicarte durante mi vida sería una especie de venganza a la que difícilmente me rebajaría en ninguna circunstancia.

Te hablo con franqueza de mis sentimientos e intenciones: no pretendo obrar sobre tus temores, sino sobre tu buen juicio y tu afecto. Saber que estás casado con Lady Susan Vernon destruiría toda la tranquilidad de mi vida; sería la muerte de ese honrado orgullo con que he considerado siempre a mi hijo; me avergonzaría verle, oír hablar de él, pensar en él. Quizás no logre nada con esta carta más que aliviar mi propio ánimo; pero sentí que era mi deber decirte que tu inclinación hacia Lady Susan no es ningún secreto para tus allegados y prevenirte contra ella. Me alegraría escuchar tus razones para no creer en la información de Mr. Smith; hace un mes no dudabas de su autenticidad. Si puedes darme la seguridad de que no tienes más propósito que disfrutar durante un breve período de la conversación de una mujer inteligente, y de que solo le tributas admiración por su belleza y sus facultades sin dejarte cegar por ellas ante sus defectos, me devolverás la felicidad; pero si no puedes

hacer eso, explícame al menos qué ha ocasionado un cambio tan grande en tu opinión de ella.

Quedo, etc., etc., REGINALD DE COURCY.

XIII

Lady De Courcy a Mrs. Vernon.

Parklands.

Mi querida Catherine: Por desgracia, estaba recluida en mi habitación cuando llegó tu última carta, con un resfriado que me afectó tanto a los ojos que me impidió leerla yo misma, y no pude negarme cuando tu padre se ofreció a leérmela, por lo cual se enteró, con gran disgusto mío, de todos tus temores acerca de tu hermano. Tenía intención de escribirle yo misma a Reginald en cuanto mis ojos me lo permitieran, para señalarle, del mejor modo que pudiera, el peligro que supone para un joven de su edad y sus expectativas una relación íntima con una mujer tan astuta como Lady Susan. Tenía también el propósito de recordarle que ahora estamos completamente solos y que le necesitamos mucho para mantenernos de buen ánimo en estas largas veladas de invierno. Si habría servido de algo no puede saberse ya, pero me contraría sobremanera que Sir Reginald haya llegado a conocer un asunto que ya preveíamos que le causaría tanta inquietud. Se apoderó de todos tus temores en cuanto leyó tu carta y estoy segura de que no ha sacado el asunto de la cabeza desde entonces. Escribió por el mismo

correo a Reginald una larga carta dedicada enteramente a ello, en la que pedía especialmente una explicación de lo que quizás haya oído de Lady Susan que contradiga los escandalosos rumores recientes. Su respuesta llegó esta mañana, y la incluyo, pues creo que querrás verla. Ojalá fuera más satisfactoria; pero parece escrita con tal determinación de pensar bien de Lady Susan que sus seguridades en cuanto al matrimonio, etc., no me tranquilizan el corazón. Digo todo lo que puedo, sin embargo, para tranquilizar a tu padre, y desde luego está menos inquieto desde la carta de Reginald. ¡Qué contrariedad, querida Catherine, que esta huésped tan inoportuna no solo impida que nos veamos estas Navidades, sino que sea ocasión de tanta vexación y tantos trastornos! Besa a los queridos niños de mi parte.

Tu afectuosa madre, C. DE COURCY.

XIV

Mr. De Courcy a Sir Reginald.

Churchhill.

Mi querido señor: Acabo de recibir su carta, que me ha causado más asombro del que jamás he sentido. Debo dar las gracias a mi hermana, supongo, por haberme presentado ante usted bajo una luz tal que ha dañado mi concepto ante sus ojos y le ha causado toda esta alarma. No entiendo por qué habría de elegir inquietarse a sí misma y a su familia con el temor de un acontecimiento que nadie

más que ella, puedo afirmarlo, habría pensado posible jamás. Atribuir semejante designio a Lady Susan sería privarla de toda pretensión a ese excelente entendimiento que ni sus más encarnizados enemigos le han negado nunca; e igualmente bajas habrían de quedar mis pretensiones al buen sentido si se me sospecharan vistas matrimoniales en mi trato con ella. La diferencia de edad entre nosotros ha de ser un obstáculo insuperable, y le ruego, querido padre, que tranquilice su ánimo y no abrigue por más tiempo una sospecha que no puede ser más perjudicial para su propia paz que para nuestro juicio. No tengo otra razón para permanecer con Lady Susan que disfrutar durante algún tiempo (como usted mismo lo ha expresado) de la conversación de una mujer de grandes dotes intelectuales. Si Mrs. Vernon tuviera en cuenta el afecto que me une a ella y a su marido para explicar la duración de mi visita, nos haría más justicia a todos; pero mi hermana está desgraciadamente prevenida, más allá de toda esperanza de convencimiento, contra Lady Susan. Su apego a su marido —que en sí mismo le hace honor a ambos— le impide perdonar los esfuerzos por impedir su unión que se le han atribuido a Lady Susan por motivos egoístas; pero en este caso, como en muchos otros, el mundo ha agraviado enormemente a esa dama al suponer lo peor allí donde los móviles de su conducta han sido dudosos. Lady Susan había oído algo tan gravemente perjudicial para mi hermana que la llevó a creer que la felicidad de Mr. Vernon —a quien siempre había estado muy apegada— sería del todo destruida por el matrimonio. Y esta circunstancia, al tiempo que explica los verdaderos motivos de la conducta de Lady Susan y disipa toda la culpa que tan pródigamente se le ha echado encima, puede también convencernos de cuán poco debe creerse el rumor general sobre nadie; pues ningún carácter, por irreprochable que sea, puede escapar a la malevolencia de la calumnia. Si mi hermana, en la seguridad del retiro, con tan poca oportunidad como inclinación para hacer el mal, no ha podido evitar la censura, no debemos condenar a la ligera a quienes, viviendo en el mundo y rodeados de tentaciones, son acusados de errores que se sabe que tienen la capacidad de cometer.

Me censuro severamente a mí mismo por haber creído con tanta facilidad las historias calumniosas inventadas por Charles Smith en perjuicio de Lady Susan, convencido ahora como estoy de hasta qué punto la han agraviado. En cuanto a los celos de Mrs. Mainwaring, fueron pura invención suya, y su relato de que ella sedujo al pretendiente de Miss Mainwaring tenía escaso mejor fundamento. Sir James Martin se había dejado llevar por esa joven a prestarle alguna atención; y siendo él un hombre de fortuna, era fácil ver que sus miras llegaban al matrimonio. Es bien sabido que Miss M. anda activamente a la caza de marido, y nadie puede compadecerla, por tanto, por perder, ante los superiores atractivos de otra mujer, la oportunidad de hacer completamente desgraciado a un hombre digno. Lady Susan no tenía en absoluto intención de semejante conquista, y al descubrir cuánto resentía Miss Mainwaring la defección de su pretendiente, se decidió, a pesar de los más vivos ruegos de Mr. y Mrs. Mainwaring, a dejar la familia. Tengo razones para creer que en efecto recibió propuestas serias de Sir James, pero su partida de Langford inmediatamente después de descubrirse ese afecto ha de absolverla en ese punto ante cualquier ánimo de razonable equidad. Usted sentirá, estoy seguro, querido señor, la verdad de todo esto, y aprenderá con ello a hacer justicia al carácter de una mujer muy agraviada. Sé que Lady Susan, al venir a Churchhill, no estuvo guiada sino por las más honorables y amables intenciones; su prudencia y su economía son ejemplares; su consideración hacia Mr. Vernon llega a la altura incluso de sus merecimientos; y su deseo de ganarse la buena opinión de mi hermana merece una mejor acogida de la que ha recibido. Como madre es irreprochable; el sólido afecto que profesa a su hija se demuestra colocándola en manos donde su educación será debidamente atendida; pero como no tiene la ciega y débil parcialidad de la mayoría de las madres, se la acusa de carecer de ternura maternal. Toda persona sensata, sin embargo, sabrá apreciar y elogiar su afecto bien encauzado, y se unirá a mí en desear que Frederica Vernon demuestre ser más digna de lo que hasta ahora ha sido del tierno cuidado de su madre. He expuesto ahora, querido padre, mis verdaderos sentimientos acerca de Lady

Susan; conocerá usted por esta carta hasta qué punto admiro sus facultades y estimo su carácter; pero si la plena y solemne seguridad que le doy de que sus temores han sido creados de la manera más infundada no le convence igualmente, me causará usted una profunda mortificación y aflicción.

Quedo, etc., etc., R. DE COURCY.

XV

Mrs. Vernon a Lady De Courcy.

Churchhill.

Mi querida madre: Le devuelvo la carta de Reginald y me alegro de todo corazón de que haya tranquilizado a mi padre; dígaselo así, con mis felicitaciones; pero, entre nosotras, debo confesar que solo me ha convencido de que mi hermano no tiene por el momento intención de casarse con Lady Susan, no de que no corra peligro de hacerlo dentro de tres meses. Da una explicación muy plausible de su comportamiento en Langford; ojalá sea cierta, pero su información ha de venir de ella misma, y estoy menos dispuesta a creerla que a lamentar el grado de intimidad entre ellos que implica el haber tratado un tema semejante. Siento haber incurrido en su disgusto, pero no puedo esperar otra cosa mientras esté tan vehementemente empeñado en defender a Lady Susan. Es muy severo conmigo, en efecto, y sin embargo espero no haber sido precipitada en mi juicio sobre ella. ¡Pobre mujer! Aunque tengo

razones más que suficientes para mi antipatía, no puedo evitar compadecerla en este momento, pues está en verdadero aprieto, y con motivos más que justificados. Esta mañana recibió una carta de la señora con quien ha colocado a su hija, pidiéndole que retirara de inmediato a Miss Vernon, a quien habían sorprendido intentando fugarse. Por qué razón ni adónde pretendía ir no consta; pero como su situación parece haber sido irreprochable, es una triste cosa y naturalmente muy angustiosa para Lady Susan. Frederica debe de tener ya dieciséis años y debería saber comportarse mejor; pero a juzgar por lo que insinúa su madre, me temo que es una muchacha díscola. Sin embargo, ha sido lastimosamente descuidada, y su madre debería tenerlo presente. Mr. Vernon partió hacia Londres en cuanto se determinó qué debía hacerse. Si es posible, ha de persuadir a Miss Summers de que permita a Frederica seguir con ella; y si no lo consigue, traerla a Churchill por el momento, hasta que se le encuentre otro destino. Su señoría se consuela mientras tanto paseando por el jardín con Reginald, convocando supongo todos sus tiernos sentimientos en esta angustiosa ocasión. Me ha hablado de ello largo y tendido. Habla de maravilla; me da miedo ser injusta, o diría que demasiado bien para sentir tan hondamente; pero no buscaré sus defectos. ¡Puede que sea la esposa de Reginald! ¡Dios nos libre! Pero ¿por qué he de ser yo más perspicaz que nadie? Mr. Vernon declara que nunca ha visto una aflicción más profunda que la suya al recibir la carta; ¿y es su juicio inferior al mío? Estaba muy poco dispuesta a que se permitiera a Frederica venir a Churchill, y con razón suficiente, pues eso parece una especie de recompensa a un comportamiento que merecería algo muy distinto; pero era imposible llevarla a ningún otro sitio, y no ha de quedarse aquí mucho tiempo. «Será absolutamente necesario», dijo ella, «como usted, mi querida hermana, debe comprender, tratar a mi hija con cierta severidad mientras esté aquí; es una necesidad muy dolorosa, pero procuraré someterme a ella. Me temo que con frecuencia he sido demasiado indulgente, pero el temperamento de mi pobre Frederica nunca ha tolerado bien la contrariedad: debe usted apoyarme y alentarme; debe hacerme ver la necesidad de reprenderla si me ve demasiado laxa.» Todo esto suena muy

razonable. ¡Cuán indignado está Reginald contra la pobre y necia muchacha! Desde luego no habla muy bien de Lady Susan el que él esté tan encarnizado contra su propia hija; la idea que tiene de ella debe de venir de la descripción de la madre. En fin, sea cual sea su destino, tenemos el consuelo de saber que hemos hecho todo lo posible por salvarle. Hemos de encomendarle el desenlace a un poder superior.

Tuya siempre, etc., CATHERINE VERNON.

XVI

Lady Susan a Mrs. Johnson.

Churchhill.

Nunca, mi queridísima Alicia, me he visto tan irritada en mi vida como esta mañana con una carta de Miss Summers. Esa horrible muchacha mía ha intentado fugarse. No tenía yo idea de que fuera tan pequeño demonio; parecía tener toda la flojedad de los Vernon; pero al recibir la carta en que le declaraba mis intenciones acerca de Sir James, intentó efectivamente escaparse; al menos, no encuentro otra forma de explicarlo. Se proponía ir, supongo, a los Clarke en Staffordshire, pues no tiene otras conocidas. Pero recibirá su castigo: se casará con él. He enviado a Charles a la ciudad a arreglar las cosas si puede, pues no quiero de ningún modo tenerla aquí. Si Miss Summers no quiere quedarse con ella, tendrás que encontrarme otro colegio, a no ser que podamos casarla de inmediato. Miss S. me

escribe que no consiguió que la joven señorita diera ninguna razón por su extraordinaria conducta, lo cual me confirma en mi propia explicación de los hechos. Frederica es demasiado tímida, creo, y me tiene demasiado miedo para contar nada; pero si la afabilidad de su tío le saca algo, no tengo miedo. Confío en poder hacer que mi versión sea tan buena como la suya. Si me enorgullezco de algo es de mi elocuencia. La consideración y la estima siguen al dominio del lenguaje tan seguramente como la admiración sigue a la belleza, y aquí tengo oportunidad sobrada para el ejercicio de mi talento, pues la mayor parte de mi tiempo la paso en conversación.

Reginald no está a gusto salvo cuando estamos a solas, y cuando el tiempo lo permite paseamos por el jardín durante horas. En conjunto me gusta bastante; es inteligente y tiene mucho que decir, aunque a veces es impertinente y molesto. Hay en él una especie de delicadeza ridícula que exige la más completa explicación de cuanto haya podido oír en mi descrédito, y que no se satisface hasta que cree haber llegado al principio y al fin de todo. Esto es una clase de amor, pero debo confesar que no me resulta particularmente recomendable. Prefiero infinitamente el espíritu tierno y liberal de Mainwaring que, penetrado de la más honda convicción de mi valía, da por sentado que todo cuanto yo hago debe de estar bien, y mira con cierto desprecio las inquisitivas y dudosas fantasías de ese corazón que siempre parece estar debatiendo sobre si sus emociones son razonables. Mainwaring es, en verdad, incomparablemente superior a Reginald en todo menos en el poder de estar conmigo. ¡Pobre hombre! Está muy perturbado por los celos, lo cual no me pesa, pues conozco ningún mejor sustento del amor. Me ha estado rogando que le permita venir a este condado y alojarse en algún sitio cercano de incógnito; pero le he prohibido todo eso. Son inexcusables las mujeres que olvidan lo que se deben a sí mismas y a la opinión del mundo.

Siempre tuya, S. VERNON.

XVII

Mrs. Vernon a Lady De Courcy.

Churchhill.

Mi querida madre: Mr. Vernon regresó el jueves por la noche trayendo consigo a su sobrina. Lady Susan había recibido de él ese mismo día una nota en que le informaba de que Miss Summers se había negado en redondo a permitir que Miss Vernon continuara en su academia; estábamos por tanto preparadas para su llegada y la esperábamos con impaciencia durante toda la tarde. Llegaron mientras tomábamos el té, y nunca he visto a ninguna criatura con un aspecto tan asustado como el de Frederica al entrar en la habitación. Lady Susan, que había estado llorando antes y mostraba gran agitación ante la perspectiva del encuentro, la recibió con un dominio de sí mismo perfecto, sin traicionar el menor ápice de ternura. Apenas le dirigió la palabra, y cuando Frederica rompió a llorar en cuanto nos sentamos, la sacó de la habitación y no regresó en algún tiempo. Cuando lo hizo, sus ojos estaban muy enrojecidos y se encontraba tan agitada como antes. No volvimos a ver a su hija. El pobre Reginald estaba inmensamente consternado de ver a su bella amiga en tal aflicción, y la observaba con tanta solicitud tierna que yo, que de vez en cuando la sorprendía mirando su semblante con expresión de triunfo, estaba fuera de mí de impaciencia. Esta representación patética duró toda la velada, y una exhibición tan ostentosa y artificiosa me ha convencido por completo de que en realidad no sentía nada. Estoy más irritada con ella que nunca desde que he visto a su hija; la pobre muchacha tiene un aspecto tan desdichado que se me parte el corazón. Lady Susan es desde luego demasiado severa, pues Frederica no parece tener ese tipo de temperamento que haga necesaria la severidad. Tiene el

aspecto perfectamente tímido, abatido y arrepentido. Es muy bonita, aunque no tan hermosa como su madre ni en absoluto parecida a ella. Su tez es delicada, pero ni tan blanca ni tan rozagante como la de Lady Susan, y tiene exactamente el tipo de semblante de los Vernon, el rostro ovalado y los ojos oscuros y suaves, y hay una dulzura peculiar en su expresión cuando se dirige a su tío o a mí, pues como la tratamos con bondad nos hemos ganado naturalmente su gratitud.

Su madre ha insinuado que su temperamento es intratable, pero nunca he visto un rostro menos indicativo de mala disposición que el suyo; y por lo que puedo observar del comportamiento de una hacia la otra —la invariable severidad de Lady Susan y el silencioso abatimiento de Frederica—, me inclino a creer, como antes, que la primera no tiene verdadero amor por su hija y nunca le ha hecho justicia ni la ha tratado con afecto. No he podido tener ninguna conversación con mi sobrina; es tímida, y creo poder ver que se toman ciertas molestias para evitar que esté mucho conmigo. Nada satisfactorio se trasluce en cuanto a su razón para fugarse. Su bondadoso tío, como puede suponer, tuvo demasiado miedo de afligirla para hacerle muchas preguntas durante el viaje. Ojalá me hubiera sido posible ir a buscarla yo en lugar de él. Creo que habría descubierto la verdad en el transcurso de un viaje de cincuenta kilómetros. El pequeño pianoforte ha sido trasladado hace pocos días, a petición de Lady Susan, a su tocador, y Frederica pasa gran parte del día allí, practicando —según se dice—; pero rara vez oigo ningún sonido cuando paso por ese lado; lo que hace consigo misma allí no lo sé. Hay libros en abundancia, pero no toda muchacha que ha crecido silvestre durante los primeros quince años de su vida puede o quiere leer. ¡Pobre criatura! La vista desde su ventana no es muy instructiva, pues esa habitación da al jardín, ya sabe, con los arbustos a un lado, donde puede ver a su madre paseando durante una hora seguida en animada conversación con Reginald. Una muchacha de la edad de Frederica sería muy niña si tales cosas no le llamaran la atención. ¿No es inexcusable dar semejante ejemplo a una hija? ¡Y sin embargo Reginald sigue creyendo que Lady Susan

es la mejor de las madres, y sigue condenando a Frederica como una muchacha sin valía! Está convencido de que su intento de fugarse no tuvo ninguna causa justificada ni provocación alguna. Estoy segura de no poder afirmar que sí la tuvo; pero mientras Miss Summers declare que Miss Vernon no mostró ningún signo de obstinación ni rebeldía durante toda su estancia en Wigmore Street hasta ser sorprendida en ese plan, no puedo creer tan fácilmente lo que Lady Susan le ha dado a entender a él, y quiere darme a entender a mí, de que fue meramente una impaciencia ante la disciplina y el deseo de librarse de la tutela de los maestros lo que dio origen al proyecto de la fuga. ¡Oh, Reginald, cuán esclavizado está tu juicio! Apenas se atreve a reconocer siquiera que es bonita, y cuando aludo a su belleza me responde solo que sus ojos carecen de brillo. A veces está seguro de que le falta inteligencia, y otras de que solo su temperamento es el defecto. En suma, cuando una persona siempre ha de engañar es imposible ser coherente. Lady Susan encuentra necesario que Frederica tenga la culpa, y probablemente ha juzgado oportuno a veces acusarla de mal genio y a veces lamentar su falta de sensatez. Reginald no hace sino repetir lo que dice su señoría.

Quedo, etc., etc., CATHERINE VERNON.

XVIII

De la misma a la misma.

Churchill.

Mi querida madre: Me alegra mucho saber que mi descripción de Frederica Vernon ha despertado su interés, pues creo que merece verdaderamente su aprecio; y cuando le comunique una idea que me ha asaltado recientemente, su amable impresión en favor de ella, estoy segura, se verá acrecentada. No puedo evitar figurarme que está tomando afecto a mi hermano. Con mucha frecuencia la veo con los ojos fijos en su semblante con una expresión notable de pensativa admiración. Es sin duda muy apuesto; y más aún, hay una franqueza en sus modales que ha de ser muy atractiva, y estoy segura de que así lo siente ella. Pensativa y absorta en general, su semblante siempre se ilumina con una sonrisa cuando Reginald dice algo gracioso; y, por muy serio que sea el tema que esté tratando, me equivocaría mucho si se le escapara ni una sílaba de lo que él dice. Quiero hacérselo sentir, pues conocemos el poder de la gratitud en un corazón como el suyo; y si el sencillo afecto de Frederica lograra apartarle de su madre, bendeciríamos el día en que ella vino a Churchhill. Creo, querida madre, que usted no la desaprobaba como hija. Es extremadamente joven, eso sí, ha recibido una educación deplorable y ha tenido el pésimo ejemplo de la ligereza de su madre; y sin embargo puedo asegurar que su disposición es excelente y sus dotes naturales muy buenas. Aunque carece enteramente de conocimientos, no es ni mucho menos tan ignorante como podría esperarse, pues es aficionada a los libros y pasa la mayor parte del tiempo leyendo. Su madre la deja más a solas que antes, y yo la tengo conmigo todo lo posible y me he tomado grandes molestias para vencer su timidez. Somos muy buenas amigas, y aunque no abre los labios delante de su madre, habla bastante cuando está conmigo a solas para dejar bien claro que, si Lady Susan la tratara debidamente, siempre aparecería en mucho mejor luz. No puede existir un corazón más gentil y cariñoso, ni modales más complacientes cuando actúa sin cortapisas; y sus primitos le tienen mucho afecto.

Tu afectuosa hija, C. VERNON.

XIX

Lady Susan a Mrs. Johnson.

Churchhill.

Estarás ansiosa, lo sé, por escuchar algo más sobre Frederica, y quizás pienses que he sido negligente por no haber escrito antes. Llegó con su tío el jueves de hace dos semanas, momento en que, naturalmente, no perdí tiempo en exigirle que me explicara su comportamiento; y pronto me encontré con que había estado perfectamente en lo cierto al atribuirlo a mi carta. La perspectiva que esta le presentaba la asustó de tal modo que, con una mezcla de verdadera terquedad y necedad propias de una muchacha, resolvió escaparse de la casa y dirigirse directamente en la diligencia a sus amigas, los Clarke; y en realidad había llegado ya hasta dos calles de camino cuando afortunadamente se notó su ausencia, la persiguieron y la alcanzaron. Tal fue la primera hazaña distinguida de Miss Frederica Vernon; y si consideramos que se logró a la tierna edad de dieciséis años, tenemos campo para los más halagüeños pronósticos de su futura fama. Estoy, sin embargo, enormemente irritada por el alarde de decoro que impidió a Miss Summers quedarse con la muchacha; y parece un escrúpulo tan extraordinario, teniendo en cuenta las conexiones familiares de mi hija, que solo puedo suponer que la señora se rige por el temor de no cobrar nunca su dinero. Sea como sea, Frederica ha vuelto a mis manos; y no teniendo nada mejor que hacer, está ocupada en proseguir el romance que empezó en Langford. ¡Se está enamorando de verdad de Reginald De Courcy! No le basta con desobedecer a su madre rechazando un partido irreprochable; sus afectos han de otorgarse también sin la aprobación de su madre. Nunca he visto a una muchacha de su edad con mejores trazas de

convertirse en el hazmerreír de los hombres. Sus sentimientos son bastante vivos, y los exhibe con tal encantadora ingenuidad que abriga las más fundadas esperanzas de hacerse ridícula y de ser despreciada por todo hombre que la vea.

La ingenuidad no sirve jamás en cuestiones de amor; y la muchacha que la tiene, ya sea por naturaleza o por afectación, nació simplona. Todavía no estoy segura de que Reginald vea cuáles son sus intenciones, ni importa mucho. En este momento es para él un objeto de indiferencia, y lo sería de desprecio si llegara a entender sus emociones. Su belleza es muy admirada por los Vernon, pero no le produce ningún efecto a él. Está muy bien vista por su tía en general, precisamente porque se parece poco a mí, naturalmente. Es exactamente la compañera que le conviene a Mrs. Vernon, que gusta mucho de mostrarse firme y de tener para sí toda la sensatez y el ingenio de la conversación: Frederica nunca la eclipsará. Cuando llegó me tomé algún trabajo para evitar que viera mucho a su tía; pero he relajado esa vigilancia, pues creo poder contar con que ella observe las normas que le he fijado para sus conversaciones. Pero no te figures que con toda esta indulgencia he abandonado por un instante mi plan para su matrimonio. No; estoy inquebrantablemente decidida en ese punto, aunque todavía no he determinado del todo el modo de llevarlo a efecto. No elegiría que el asunto se tratara aquí y se examinara por las cabezas prudentes de Mr. y Mrs. Vernon; y en este momento no puedo permitirme ir a la ciudad. Miss Frederica tendrá que esperar, por tanto, un poco.

Siempre tuya, S. VERNON.

XX

Mrs. Vernon a Lady De Courcy.

Churchhill.

Tenemos un huésped muy inesperado entre nosotros en este momento, querida madre: llegó ayer. Oí un carruaje en la puerta mientras estaba sentada con mis hijos durante la cena; y suponiendo que me necesitarían, abandoné el cuarto de los niños poco después, y ya bajaba por las escaleras a la mitad cuando Frederica, pálida como la cera, vino corriendo hacia arriba y pasó junto a mí de un golpe hacia su habitación. La seguí de inmediato y le pregunté qué le sucedía. «¡Oh!», dijo, «ha llegado... Sir James ha llegado. ¿Qué voy a hacer?» Eso no me explicaba nada; le pedí que me dijera qué quería decir. En ese momento nos interrumpió un golpe en la puerta: era Reginald, que venía, por indicación de Lady Susan, a llamar a Frederica para que bajara. «¡Es Mr. De Courcy!», dijo ella, enrojeciéndose vivamente. «Mamá me manda llamar; debo ir.» Bajamos los tres juntos, y vi a mi hermano examinando el rostro aterrorizado de Frederica con sorpresa. En el salón del desayuno encontramos a Lady Susan y a un joven de aspecto distinguido, a quien ella presentó con el nombre de Sir James Martin: el mismo, como quizás recuerde, de quien se decía que ella había procurado apartarlo de Miss Mainwaring; pero la conquista, al parecer, no estaba destinada para sí misma, o desde entonces la ha transferido a su hija; pues Sir James está ahora perdidamente enamorado de Frederica, con el pleno aliento de la mamá. La pobre muchacha, sin embargo, estoy segura de que no le quiere; y aunque su persona y su trato son muy presentables, tanto Mr. Vernon como yo le consideramos un joven bastante corto de entendimiento. Frederica tenía un aspecto tan azorado, tan confuso cuando entramos en la

habitación, que sentí mucha compasión por ella. Lady Susan se mostró muy atenta con su visitante; y sin embargo me pareció percibir que no sentía ningún placer particular en verle. Sir James habló mucho e hizo muchas excusas corteses por la libertad que se había tomado al venir a Churchhill, mezclando en su conversación más risas frecuentes de las que requería el asunto; dijo muchas cosas varias veces y le comunicó a Lady Susan en tres ocasiones que había visto a Mrs. Johnson unos pocos días antes. De vez en cuando se dirigía a Frederica, pero más frecuentemente a su madre. La pobre muchacha estuvo todo ese tiempo sin abrir los labios, con los ojos bajos y el color variando a cada instante; mientras Reginald observaba todo lo que pasaba en perfecto silencio. Por fin Lady Susan, cansada, creo, de su situación, propuso salir a pasear, y dejamos a los dos caballeros juntos mientras íbamos a ponernos las pelisses. Al subir las escaleras, Lady Susan me pidió permiso para acompañarme unos momentos a mi tocador, pues deseaba hablar conmigo en privado. La conduje allá, y en cuanto se cerró la puerta dijo: «Nunca me ha sorprendido nada tanto como la llegada de Sir James, y la brusquedad de ello requiere alguna disculpa de mi parte hacia usted, mi querida hermana; aunque para mí, como madre, es muy halagador. Está tan extremadamente apegado a mi hija que no podía vivir más tiempo sin verla. Sir James es un joven de carácter amable y excelente; quizás demasiado parlanchín, pero un par de años corregirán eso; y en todo lo demás es un partido tan conveniente para Frederica que siempre he visto su afecto con el mayor placer, y estoy persuadida de que usted y mi hermano aprobarán de todo corazón la alianza. Nunca he mencionado antes la probabilidad de que se realizara, porque pensé que mientras Frederica continuara en el colegio era mejor que no se supiera; pero ahora que estoy convencida de que Frederica es ya demasiado mayor para someterse al encierro de un colegio, y que por tanto he empezado a considerar su unión con Sir James como no muy lejana, tenía intención de comunicar todo el asunto a usted y a Mr. Vernon dentro de pocos días. Estoy segura, mi querida hermana, de que me excusará por haber guardado silencio durante tanto tiempo, y coincidirá conmigo en que tales circunstancias, mientras permanecen

por cualquier causa en suspenso, no pueden ocultarse con demasiada cautela. Cuando tenga usted la dicha de entregar a su dulce Catherine, dentro de algunos años, a un hombre que en relaciones y carácter sea igualmente irreprochable, sabrá lo que yo siento ahora; aunque, gracias a Dios, no podrá tener todas mis razones para regocijarse en tal acontecimiento. Catherine estará bien provista, y no como mi Frederica, que deberá a una boda afortunada las comodidades de la vida.» Concluyó exigiéndome mis felicitaciones. Se las di con bastante torpeza, creo; pues en realidad la revelación tan repentina de un asunto tan importante me privó del poder de hablar con ninguna claridad. Ella, sin embargo, me lo agradeció con la mayor afectuosidad por mi bondadoso interés por el bienestar de ella y de su hija; y luego dijo: «No soy propensa a hacer protestas, mi querida Mrs. Vernon, y nunca he tenido ese cómodo talento de fingir sentimientos ajenos a mi corazón; por tanto confío en que me creerá cuando le declare que por mucho que hubiera oído en su elogio antes de conocerla, no podía imaginar que llegaría a quererla como la quiero ahora; y debo añadir además que su amistad hacia mí me resulta más particularmente grata porque tengo razones para creer que se hicieron algunos intentos de predisponerla contra mí. Solo desearía que quienes quiera que sean a quienes debo esas amables intenciones pudieran ver los términos en que estamos ahora juntas y comprender el verdadero afecto que nos tenemos; pero no la entretendré más. Que Dios la bendiga por su bondad conmigo y con mi hija, y que le conserve toda su felicidad presente.» ¿Qué puede uno decir de una mujer así, querida madre? ¡Semejante vehemencia, semejante solemnidad de expresión! Y sin embargo no puedo evitar sospechar la verdad de todo lo que dice. En cuanto a Reginald, creo que no sabe qué pensar del asunto. Cuando llegó Sir James, parecía todo asombro y perplejidad; la necedad del joven y la confusión de Frederica le absorbieron por completo; y aunque una breve conversación privada con Lady Susan ha surtido algún efecto, sigue sintiendo, estoy segura, que su señoría se equivoca al consentir las atenciones de tal hombre hacia su hija. Sir James se invitó a sí mismo con la mayor naturalidad a quedarse aquí unos días; esperaba que no lo encontráramos

extraño, era consciente de lo impertinente que podía resultar, pero se tomaba la libertad de un pariente; y concluyó expresando el deseo, entre risas, de serlo de verdad muy pronto. Incluso Lady Susan pareció un tanto desconcertada por ese desparpajo; en el fondo estoy persuadida de que sinceramente deseaba verle partir. Pero algo hay que hacer por esta pobre muchacha, si sus sentimientos son los que tanto yo como su tío creemos que son. No debe ser sacrificada a la política o a la ambición, y no debe dejársela sufrir a causa del temor a ello. La muchacha cuyo corazón sabe distinguir a Reginald De Courcy merece, por mucho que él la desdeñe, mejor suerte que ser la esposa de Sir James Martin. En cuanto pueda tenerla a solas descubriré la verdad; pero parece querer evitarme. Espero que esto no provenga de nada malo, y que no vaya a descubrir que he pensado demasiado bien de ella. Su comportamiento hacia Sir James habla desde luego de la mayor conciencia y turbación, pero no veo en él nada que se parezca a un aliento. Adiós, querida madre.

Queda de usted, etc.,C. VERNON.

XXI

Miss Vernon a Mr. De Courcy.

Señor: Espero que me disculpe esta libertad; me veo obligada a tomarla por la mayor angustia, o me avergonzaría de importunarle. Estoy muy desdichada por causa de Sir James Martin y no tengo ningún otro modo en el mundo de ayudarme sino escribiéndole a

usted, pues me está prohibido incluso hablar con mi tío y mi tía del asunto; y siendo así, me temo que el hecho de recurrir a usted parecerá poco más que una evasiva, y como si atendiera a la letra y no al espíritu de los mandatos de mamá. Pero si usted no toma mi partido y la persuade de que lo rompa, me volveré medio loca, pues no puedo soportarle. Ningún ser humano salvo usted podría tener la menor posibilidad de prevalecer con ella. Si tiene, por tanto, la inefablemente gran bondad de tomar mi partido con ella y de persuadirla para que mande a Sir James, le quedaré más agradecida de lo que me es posible expresar. Siempre le tuve antipático desde el primer momento: no es un capricho repentino, se lo aseguro, señor; siempre le encontré tonto, impertinente y desagradable, y ahora se ha vuelto peor que nunca. Preferiría ganarme el pan con mi trabajo antes que casarme con él. No sé cómo disculparme lo suficiente por esta carta; sé que es tomarse una grandísima libertad. Soy consciente de lo terriblemente enfadada que se pondrá mamá, pero asumo el riesgo.

Soy, señor, su muy humilde servidora, F. S. V.

XXII

Lady Susan a Mrs. Johnson.

Churchhill.

¡Esto es insoportable! Mi queridísima amiga, nunca en mi vida me he sentido tan furiosa, y debo desahogarme escribiéndote a ti, que

sé que comprenderás todos mis sentimientos. ¡A quién se le ocurrió presentarse el martes si no a Sir James Martin! Imagínate mi asombro y mi indignación; pues, como bien sabes, nunca quise que se le viera en Churchill. ¡Qué lástima que no hayas estado al tanto de sus intenciones! No contento con venir, se invitó a sí mismo a quedarse aquí unos pocos días. ¡Podría haberle envenenado! Hice lo mejor que pude, sin embargo, y conté mi historia con gran éxito a Mrs. Vernon, quien, cualesquiera que fueran sus verdaderos sentimientos, no opuso nada a los míos. Me ocupé también de que Frederica se comportara con civismo hacia Sir James y le di a entender que estaba absolutamente decidida a que se casara con él. Ella dijo algo de su desdicha, pero eso fue todo. Desde hace algún tiempo estoy aún más resuelta en el matrimonio al ver el rápido incremento de su afecto hacia Reginald, y al no sentirme segura de que el conocimiento de semejante afecto no llegue a despertar al final una correspondencia. Tan despreciable como haría a los dos a mis ojos un afecto fundado únicamente en la compasión, no me sentía del todo segura de que ese no pudiera ser el resultado. Es verdad que Reginald no se había enfriado en modo alguno hacia mí; pero no obstante, últimamente ha mencionado a Frederica de manera espontánea e innecesaria, y en una ocasión dijo algo en elogio de su persona. Quedó todo asombro ante la aparición de mi visitante, y al principio observó a Sir James con una atención que me complació ver que no estaba exenta de celos; pero desgraciadamente me fue imposible atormentarle de verdad, pues Sir James, aunque extremadamente galante conmigo, muy pronto hizo entender a toda la reunión que su corazón estaba consagrado a mi hija. No me resultó muy difícil convencer a De Courcy, cuando estuvimos a solas, de que estaba perfectamente justificada, dadas las circunstancias, en desear el matrimonio; y todo el asunto parecía arreglado del modo más satisfactorio. No podía ninguno de ellos dejar de percibir que Sir James no era ninguna lumbrera; pero yo le había prohibido expresamente a Frederica quejarse a Charles Vernon ni a su esposa, y por tanto no tenían pretexto para interferir; aunque mi impertinente cuñada, creo, no esperaba sino la oportunidad para hacerlo. Todo iba, sin embargo, de modo tranquilo y sosegado; y

aunque contaba las horas de la estancia de Sir James, mi ánimo estaba enteramente satisfecho con el estado de las cosas. Imagínate entonces lo que tuve que sentir ante la perturbación repentina de todos mis planes; y eso, además, desde un punto en que menos razón tenía para esperarlo. Reginald entró esta mañana en mi tocador con una solemnidad de semblante muy inusual en él, y tras un breve preámbulo me informó con todas sus letras de que deseaba razonar conmigo sobre lo impropio e injusto de permitir que Sir James Martin cortejara a mi hija en contra de su inclinación. Quedé estupefacta. Cuando vi que no era posible hacerle salir de su empeño con bromas, le pedí con calma que me lo explicara, y deseé saber por qué estaba impulsado y quién le había comisionado para reprenderme. Me contó entonces, mezclando en su discurso algunos elogios insolentes y expresiones de ternura intempestivas, que escuché con la más perfecta indiferencia, que mi hija le había puesto al corriente de ciertas circunstancias relativas a ella misma, a Sir James y a mí que le habían causado gran intranquilidad. En suma, descubrí que la muchacha había tenido la audacia de escribirle para pedirle que interviniera, y que al recibir su carta había conversado con ella sobre el asunto para conocer los detalles y asegurarse de sus verdaderos deseos. No tengo la menor duda de que la muchacha aprovechó la ocasión para declararle su amor con toda claridad. Me lo hace ver el modo en que habló de ella. ¡Mucho bien le hará ese amor! Despreciaré siempre al hombre que pueda sentirse gratificado por la pasión que nunca deseó inspirar ni solicitó la declaración. Les detestaré a los dos para siempre. No puede tener verdadero afecto hacia mí, o no la habría escuchado; y ella, con su pequeño corazón rebelde y sus sentimientos indelicados, arrojarle a la protección de un joven con quien apenas ha cruzado dos palabras! Me quedo igualmente confundida ante su desvergüenza y su credulidad. ¿Cómo se atrevió a creer lo que ella le contó en mi contra? ¿No debería haber sentido la seguridad de que yo tenía motivos irrefutables para todo lo que había hecho? ¿Dónde estaba su confianza en mi buen juicio y mi bondad? ¿Dónde el resentimiento que el verdadero amor habría dictado contra la persona que me difamaba, y esa persona además una mocosa, una

chiquilla sin talento ni educación, a quien siempre se le había enseñado a despreciar? Estuve serena algún tiempo; pero la mayor paciencia puede llegar a su límite, y espero haber sido después suficientemente mordaz. Se esforzó largo rato en ablandar mi resentimiento; pero es una tonta la mujer que, ultrajada con acusaciones, puede ser trabajada con halagos. Al final me dejó, tan enojado como yo; y él dio rienda suelta a su cólera más que yo. Estuve completamente tranquila; pero él se entregó a la más violenta indignación; por tanto puedo esperar que la suya se disipe antes, y quizás desaparezca para siempre, mientras que la mía se encontrará todavía fresca e implacable. Está ahora encerrado en su habitación, adonde le escuché retirarse al salir de la mía. ¡Cuán desagradables deben de ser sus reflexiones! Pero hay personas a quienes sus propios sentimientos les resultan incomprensibles. Todavía no me he tranquilizado lo suficiente para ver a Frederica. No olvidará tan pronto los sucesos de este día; que sepa que ha derramado su tierno relato de amor en vano y se ha expuesto para siempre al desprecio del mundo entero y al más severo resentimiento de su agraviada madre.

Tu afectísima, S. VERNON.

XXIII

Mrs. Vernon a Lady De Courcy.
Churchhill.

¡Permítame felicitarla, queridísima madre! El asunto que tanta inquietud nos ha causado se encamina hacia un final feliz. Nuestra perspectiva es de lo más halagüeña, y ahora que las cosas han tomado un giro tan favorable, me arrepiento de haber comunicado a usted mis temores, pues el placer de saber que el peligro ha pasado se compra quizás muy caro con todo lo que usted ha sufrido antes. Estoy tan agitada de alegría que apenas puedo sostener la pluma; pero estoy decidida a enviarle estas pocas líneas con James, para que tenga alguna explicación de lo que ha de causarle tan gran asombro: que Reginald vuelva a Parklands. Estaba sentada hace poco menos de media hora con Sir James en el salón del desayuno cuando mi hermano me llamó fuera de la habitación. Vi al instante que algo ocurría; tenía el color encendido y habló con gran emoción; ya conoce su modo vehemente, querida madre, cuando algo le interesa de veras. «Catherine», me dijo, «hoy me voy a casa; lo siento por dejarte, pero debo marcharme: hace mucho que no veo a mi padre y a mi madre. Voy a enviar a James por delante con mis caballos de caza inmediatamente; si tienes alguna carta, puede llevársela. Yo mismo no estaré en casa hasta el miércoles o el jueves, pues pasaré por Londres, donde tengo asuntos; pero antes de irme», continuó, hablando en voz más baja y con aún mayor intensidad, «debo advertirte de una cosa: no permitas que ese Martin haga desgraciada a Frederica Vernon. Quiere casarse con ella; su madre favorece el matrimonio, pero ella no puede soportar la idea. Ten la seguridad de que te hablo con el más pleno convencimiento de la verdad de lo que digo; sé que Frederica está siendo hecha miserable por la presencia de Sir James aquí. Es una muchacha encantadora y merece mejor suerte. Despídele inmediatamente; no es más que un necio; ¡pero qué pretende su madre, el Cielo solo lo sabe! Adiós», añadió, estrechándome la mano con vehemencia; «no sé cuándo volverás a verme; pero recuerda lo que te digo sobre Frederica; debes tomarte como obligación tuya el que se le haga justicia. Es una muchacha amable y posee un talento muy superior al que le habíamos reconocido.» Luego me dejó y subió corriendo las escaleras. No intenté detenerle, pues sabía cuáles debían de ser sus sentimientos. Los míos, mientras le

escuchaba, no intentaré describirlos; durante un minuto o dos permanecí en el mismo sitio, abrumada por un asombro de la especie más agradable; y sin embargo requería cierta reflexión para alcanzar una serenidad dichosa. Unos diez minutos después de mi regreso al salón entró Lady Susan. Concluí, por supuesto, que ella y Reginald habían tenido una disputa, y busqué con ansiosa curiosidad en su semblante la confirmación de mi creencia. Consumada maestra en el engaño, sin embargo, parecía perfectamente impasible, y tras charlar unos momentos sobre asuntos indiferentes me dijo: «Sé por Wilson que vamos a perder a Mr. De Courcy; ¿es cierto que parte de Churchill esta mañana?» Le respondí que sí. «Anoche no nos dijo nada de esto», dijo ella riendo, «ni siquiera esta mañana en el desayuno; aunque quizás él mismo no lo sabía. Los jóvenes son a menudo precipitados en sus resoluciones, y no más repentinos en formarlas que inconstantes en mantenerlas. No me sorprendería que cambiara de idea al final y no se fuera.» Poco después salió de la habitación. Confío, sin embargo, querida madre, en que no tenemos razón para temer una alteración de su plan actual; las cosas han llegado demasiado lejos. Tienen que haber tenido una disputa, y sobre Frederica, además. Su serenidad me asombra. ¡Qué alegría la suya al verle de nuevo; al verle todavía digno de su estima, todavía capaz de hacer su felicidad! Cuando vuelva a escribir podré decirle que Sir James se ha ido, que Lady Susan ha sido vencida y que Frederica está en paz. Tenemos mucho por hacer, pero se hará. Muero de impaciencia por saber cómo se efectuó este asombroso cambio. Termino como empecé, con las más calurosas felicitaciones.

Siempre suya, etc.,CATH. VERNON.

XXIV

De la misma a la misma.

Churchhill.

¡Poco podía imaginar, querida madre, cuando envié mi última carta, que la deliciosa agitación de espíritu en que me encontraba iba a sufrir tan pronta y tan melancólica inversión! Nunca podré lamentarme bastante de haberle escrito en absoluto. Y sin embargo, ¿quién podría haber previsto lo que ha ocurrido? Querida madre, cada esperanza que me hacía tan dichosa hace apenas dos horas ha desvanecido. La disputa entre Lady Susan y Reginald está resuelta, y todos estamos como antes. Solo se ha ganado un punto. Sir James Martin ha sido despachado. ¿Qué nos queda por esperar? Estoy verdaderamente decepcionada; Reginald estaba a punto de marcharse, su caballo fue ordenado y casi traído a la puerta; ¿quién no habría creído que era seguro? Durante media hora viví en expectativa momentánea de su partida. Después de enviarle a usted mi carta, fui a ver a Mr. Vernon y me senté con él en su habitación a hablar de todo el asunto, y luego resolví buscar a Frederica, a quien no había visto desde el desayuno. La encontré en la escalera y vi que estaba llorando. «Querida tía», me dijo, «se va; Mr. De Courcy se va, y es culpa mía. Me temo que estará muy enfadada conmigo, pero de verdad que no tenía idea de que fuera a terminar así.» «Cariño», le respondí, «no te sientas obligada a pedirme disculpas por eso. Estaré en deuda con quien sea que contribuya a que mi hermano vuelva a casa, porque», rectificándome, «sé que mi padre tiene muchas ganas de verle. Pero ¿qué has hecho tú para causar todo esto?» Ella se ruborizó profundamente al responder: «Estaba tan angustiada por Sir James que no pude evitar... He hecho algo muy malo, lo sé; pero no tiene usted idea de la miseria en que he

estado; y mamá me había prohibido hablar con usted o con mi tío del asunto, y...» «Así que recurríste a mi hermano para que interviniera», dije yo, para ahorrarle la explicación. «No, pero le escribí; eso sí que lo hice; me levanté esta mañana antes de que amaneciera y tardé dos horas; y cuando terminé la carta pensé que nunca tendría valor para dársela. Sin embargo, después del desayuno, cuando iba a mi habitación, me lo encontré en el pasillo, y entonces, como sabía que todo dependía de ese momento, meforcé a dársela. Tuvo la bondad de recibirla de inmediato. No me atreví a mirarle y eché a correr. Estaba tan asustada que apenas podía respirar. Querida tía, no sabe usted cuán miserable he estado.» «Frederica», le dije, «debías haberme contado todas tus angustias. En mí habrías encontrado siempre una amiga dispuesta a ayudarte. ¿Crees que tu tío o yo no habríamos tomado tu causa con tanto calor como mi hermano?» «De verdad que no dudaba de su bondad», dijo ella, ruborizándose de nuevo, «pero pensé que Mr. De Courcy podría hacer cualquier cosa con mi madre; pero me equivoqué: han tenido una disputa terrible por ello y él se marcha. Mamá nunca me perdonará, y estaré peor que nunca.» «No», le repliqué; «en un punto como este la prohibición de tu madre no debía haberte impedido hablar conmigo del asunto. No tiene ningún derecho a hacerte desgraciada, y no lo hará. Tu recurso a Reginald, sin embargo, no puede producir sino bien para todas las partes. Creo que es lo mejor que podía ocurrir. Ten la certeza de que no serás desgraciada por más tiempo.» En ese momento icuán grande fue mi asombro al ver salir a Reginald del tocador de Lady Susan! El corazón me dio un vuelco al instante. Su turbación al verme era muy evidente. Frederica desapareció de inmediato. «¿Te vas?», le dije; «encontrarás a Mr. Vernon en su habitación.» «No, Catherine», me respondió, «no me voy. ¿Me permites hablarte un momento?» Pasamos a mi habitación. «Veo», continuó, con la turbación creciente a medida que hablaba, «que he estado actuando con mi habitual e impulsiva precipitación. He malentendido por completo a Lady Susan y estaba a punto de abandonar la casa bajo una falsa impresión de su conducta. Ha habido un gran malentendido; creo que todos nos hemos equivocado. Frederica no conoce a su madre.

Lady Susan no desea sino su bien, pero no sabe granjearse su confianza. Lady Susan no sabe siempre, por tanto, qué hará a su hija feliz. Además, yo no tenía ningún derecho a interferir. Miss Vernon se equivocó al recurrir a mí. En suma, Catherine, todo ha ido mal, pero ahora todo está felizmente arreglado. Lady Susan desea, creo, hablarte de ello si tienes un momento.» «Por supuesto», le respondí, suspirando hondamente ante el relato de una historia tan endeble. No hice ningún comentario, sin embargo, pues las palabras habrían sido vanas.

Reginald se alegró de poder marcharse, y fui a ver a Lady Susan, curiosa, en verdad, de escuchar su versión del asunto. «¿No le dije», me dijo con una sonrisa, «que su hermano no nos dejaría al fin?» «Así es, en efecto», le respondí con mucha seriedad; «pero me lisonjeaba con que se equivocaría usted.» «No me habría aventurado a tal opinión», respondió ella, «si no se me hubiera ocurrido en ese momento que su resolución de marcharse podría haberse originado en una conversación que habíamos tenido esta mañana y que había terminado de modo muy poco satisfactorio para él, por no habernos entendido bien mutuamente. Esta idea me asaltó en el momento, y resolví de inmediato que una disputa accidental, de la que yo podía ser tan culpable como él, no debía privarla de su hermano. Si usted lo recuerda, abandoné la habitación casi inmediatamente. Estaba decidida a no perder tiempo en aclarar esos malentendidos en la medida de lo posible. El caso fue este: Frederica se había opuesto violentamente a casarse con Sir James.» «¿Y puede sorprenderle a su señoría que sea así?», exclamé con cierto calor; «Frederica tiene un excelente juicio, y Sir James no tiene ninguno.» «Estoy, en cualquier caso, muy lejos de lamentarlo, mi querida hermana», dijo ella; «al contrario, lo agradezco como señal tan favorable del buen juicio de mi hija. Sir James está desde luego muy por debajo de lo deseable (sus modales pueriles le hacen aparecer aún peor); y si Frederica hubiera poseído la perspicacia y las facultades que yo habría deseado en una hija, o si incluso yo hubiera sabido que poseía las que posee, no habría ansiado el matrimonio.» «¡Es extraño que sea usted la única que desconoce el

juicio de su hija!» «Frederica nunca se hace justicia a sí misma; sus modales son tímidos e infantiles, y además me tiene miedo. En vida de su pobre padre era una niña mimada; la severidad que desde entonces se ha hecho necesaria en mí ha alejado su afecto; y tampoco posee ninguna de esa brillantez de inteligencia, ese genio o vigor de espíritu que se abre paso por sí mismo.» «¡Diga más bien que ha sido desdichada en su educación!» «Dios sabe, queridísima Mrs. Vernon, hasta qué punto soy consciente de ello; pero quisiera olvidar toda circunstancia que pudiera arrojar culpa sobre la memoria de alguien cuyo nombre es sagrado para mí.» Aquí fingió llorar; yo había perdido la paciencia con ella. «Pero ¿qué me iba a decir su señoría», pregunté, «sobre su desacuerdo con mi hermano?» «Se originó en una acción de mi hija que denota tanto su falta de juicio como el desgraciado temor hacia mí que he estado mencionando: le escribió a Mr. De Courcy.» «Lo sé; usted le había prohibido hablar con Mr. Vernon o conmigo sobre la causa de su angustia; ¿qué otra cosa podía hacer sino recurrir a mi hermano?» «¡Dios mío!», exclamó, «¡qué opinión debe de tener de mí! ¿Puede suponer que yo estaba al tanto de su infelicidad, que mi objetivo era hacer desgraciada a mi propia hija, y que le había prohibido hablar con usted por miedo a que interrumpiera el diabólico plan? ¿Me cree desprovista de todo sentimiento honesto y natural? ¿Soy capaz de condenar a la miseria eterna a aquella cuyo bienestar es mi primer deber en la tierra? ¡La idea es horrible!» «¿Cuál era entonces su intención al exigir su silencio?» «¿De qué utilidad, mi querida hermana, podía ser ningún recurso a usted, fuera cual fuera el estado del asunto? ¿Por qué someterla a unos ruegos a los que yo misma me negaba a atender? Ni por su bien ni por el de ella ni por el mío podía ser deseable tal cosa. Cuando yo misma había tomado mi resolución, no deseaba la interferencia, por bien intencionada que fuera, de ninguna otra persona. Me equivoqué, es cierto, pero creía estar en lo justo.» «¿Pero cuál fue ese error al que su señoría alude con tanta frecuencia? ¿De dónde surgió tan asombrosa equivocación sobre los sentimientos de su hija? ¿No sabía usted que le desagradaba Sir James?» «Sabía que no era exactamente el hombre que ella habría elegido; pero estaba persuadida de que sus

objeciones hacia él no provenían de ninguna percepción de sus deficiencias. No me interrogue, sin embargo, mi querida hermana, demasiado minuciosamente sobre este punto», continuó, cogiéndome afectuosamente de la mano; «reconozco con franqueza que hay algo que ocultar. ¡Frederica me hace muy desgraciada! El hecho de que recurriera a Mr. De Courcy me hirió en particular.» «¿Qué pretende insinuar», dije, «con esta apariencia de misterio? Si cree usted que su hija siente algún afecto por Reginald, su objeción a Sir James no merecía menos atención que si la causa de su objeción hubiera sido la conciencia de la necedad de él; ¿y por qué, en cualquier caso, ha de reñir su señoría con mi hermano por una interferencia que sabe que no está en su naturaleza rehusar cuando se le urge de tal modo?»

«Su temperamento, ya lo sabe, es vehemente, y vino a pedirme explicaciones; toda su compasión despertada por esta muchacha tan mal tratada, iesta heroína en apuros! Nos malentendimos mutuamente: él me creyó más culpable de lo que realmente era; yo consideré su interferencia menos excusable de lo que ahora la encuentro. Le tengo un verdadero aprecio, y me mortificó sobremanera creer que estaba, según pensaba, tan mal empleado. Los dos estábamos acalorados y los dos, naturalmente, éramos culpables. Su resolución de abandonar Churchill es coherente con su vehemencia habitual. Al comprender su intención, sin embargo, y empezar al mismo tiempo a pensar que quizás nos habíamos equivocado igualmente en entender el sentido del otro, resolví obtener una explicación antes de que fuera demasiado tarde. Por cualquier miembro de su familia debo sentir siempre cierto afecto, y debo reconocer que me habría dolido sensiblemente que mi trato con Mr. De Courcy hubiera concluido de modo tan sombrío. Solo me queda añadir que, convencida como estoy de que Frederica tiene una aversión razonable hacia Sir James, le informaré de inmediato de que debe abandonar toda esperanza respecto a ella. Me reprocho el haberla hecho desgraciada por esa causa, aunque haya sido sin intención. Recibirá cuanta reparación esté en mi mano darle; si aprecia su propia felicidad tanto como yo, si juzga con sensatez y se

domina a sí misma como debe, puede estar tranquila ahora. Disculpe, queridísima hermana, que abuse de su tiempo de este modo; pero se lo debo a mi propio carácter; y después de esta explicación confío en no correr el peligro de bajar en su estima.» Habría podido decirle: «¡No mucho, en verdad!»; pero la dejé casi en silencio. Fue el mayor ejercicio de contención que pude practicar. No me habría podido detener si hubiera empezado. ¡Su aplomo! ¡Su falsedad! Pero no me permitiré detenerme en ellos; le causarán a usted ya suficiente impresión. Se me oprime el corazón. En cuanto me repuse un poco volví al salón. El carruaje de Sir James estaba a la puerta, y él, tan alegre como siempre, se despidió poco después. ¡Con qué facilidad alienta o despide su señoría a un pretendiente! A pesar de esta liberación, Frederica sigue teniendo un aspecto desdichado: todavía temerosa, quizás, de la cólera de su madre; y aunque teme la partida de mi hermano, puede que sienta celos de su permanencia. Veo con qué atención les observa a él y a Lady Susan, ¡pobrecilla! Ya no abrigo ninguna esperanza por ella. No hay ninguna posibilidad de que su afecto sea correspondido. Él piensa de ella de modo muy diferente a antes; le hace algo de justicia, pero su reconciliación con la madre excluye toda esperanza más tierna. ¡Prepárese, querida madre, para lo peor! La probabilidad de que se casen ha aumentado sin duda. Él está más firmemente en sus manos que nunca. Cuando se produzca ese desdichado acontecimiento, Frederica deberá pertenecernos del todo. Me alegra que mi última carta le llegue a usted tan poco antes que esta, pues cada momento que pueda ahorrarse de sentir una alegría que no lleva sino a la decepción es de valor.

Siempre suya, etc., CATHERINE VERNON.

XXV

Lady Susan a Mrs. Johnson.

Churchhill.

Te reclamo, querida Alicia, tu felicitación: ¡soy yo misma de nuevo, alegre y triunfante! Cuando te escribí el otro día me encontraba, en verdad, muy irritada, y con sobrada razón. Es más, no sé si debo estar del todo tranquila ahora, pues me ha costado más trabajo restablecer la paz de lo que jamás me hubiera propuesto soportar: ¡y un espíritu que además nace de un presuntuoso sentido de integridad superior, que resulta peculiarmente insolente! No le perdonaré fácilmente, te lo aseguro. ¡Estaba de verdad a punto de abandonar Churchill! Apenas había terminado mi última carta cuando Wilson me trajo la noticia. Comprendí, por tanto, que había que hacer algo; pues no me parecía prudente dejar mi reputación a merced de un hombre cuyas pasiones son tan violentas y tan vengativas. Habría sido arriesgar mi buen nombre permitirle partir con semejante impresión en mi contra; en tales circunstancias era necesaria la condescendencia. Mandé a Wilson a decirle que deseaba hablar con él antes de que se fuera; vino de inmediato. Las emociones de cólera que habían marcado cada rasgo de su semblante en nuestra última entrevista estaban en parte sofocadas. Parecía sorprendido por el llamamiento, y con aspecto de querer a medias y temer a medias dejarse ablandar por lo que yo pudiera decirle. Si mi semblante expresaba lo que me proponía, era sereno y digno; y sin embargo con un grado de melancolía que podía convencerle de que no era del todo feliz. «Le pido perdón, señor, por la libertad que me he tomado de mandarle llamar», le dije; «pero habiendo sabido hace poco su intención de abandonar este lugar hoy, creo que es mi deber suplicarle que no acorte por mi causa su

visita aquí ni siquiera una hora. Soy perfectamente consciente de que después de lo que ha pasado entre nosotros mal se aviene con los sentimientos de ninguno de los dos permanecer más tiempo bajo el mismo techo: un cambio tan grande, tan total de la intimidad de la amistad ha de hacer cualquier trato futuro el más severo de los castigos; y su resolución de dejar Churchill está sin duda en armonía con nuestra situación y con esos vivos sentimientos que sé que usted posee. Sin embargo, al mismo tiempo, no es a mí a quien corresponde consentir un sacrificio como el que supone abandonar a unos parientes a quienes está usted tan apegado y que tanto le quieren. Mi permanencia aquí no puede producir a Mr. y Mrs. Vernon el placer que produce su compañía; y mi visita ha sido quizás ya demasiado larga. Mi partida, por tanto, que en cualquier caso ha de producirse pronto, puede, sin ningún inconveniente, adelantarse; y le hago mi súplica particular de no ser de ningún modo instrumento en separar a una familia tan unida en afecto. Adónde vaya a mí no me importa; muy poco a mí misma; pero usted es importante para todos los suyos.» Aquí concluí, y espero que quedes satisfecha con mi discurso. Su efecto sobre Reginald justifica cierta vanidad, pues no fue menos favorable que instantáneo. ¡Oh, qué deleite fue observar las variaciones de su semblante mientras hablaba! Ver la lucha entre la ternura que volvía y los restos del disgusto. Hay algo agradable en unos sentimientos tan fácilmente impresionables; no es que los envidie, ni querría por nada del mundo tenerlos yo misma; pero son muy convenientes cuando se desea influir sobre las pasiones de otro. Y sin embargo este Reginald, a quien unas pocas palabras mías ablandaron al instante hasta la más completa sumisión, haciéndole más dócil, más adicto, más entregado que nunca, habría abandonado la casa en el primer arrebató de su orgulloso corazón sin dignarse buscar una explicación. Por humillado que esté ahora, no puedo perdonarle semejante muestra de orgullo, y dudo si no debería castigarle despidiéndole de inmediato tras esta reconciliación, o casándome con él y atormentándole para siempre. Pero estas medidas son ambas demasiado violentas para adoptarse sin alguna deliberación; por el momento mis pensamientos oscilan entre varios planes. Tengo muchas cosas que conseguir: debo

castigar a Frederica, y con bastante rigor, por haber recurrido a Reginald; debo castigarle a él por haberlo recibido tan favorablemente, y por el resto de su conducta. Debo mortificar a mi cuñada por el insolente triunfo de su expresión y sus modales desde que Sir James fue despachado; pues al reconciliar a Reginald conmigo no me fue posible salvar a ese desdichado joven; y debo resarcirme de la humillación a que me he sometido en estos últimos días. Para conseguir todo esto tengo varios planes. También pienso estar pronto en la ciudad; y sea cual sea mi decisión respecto a lo demás, probablemente pondré ese proyecto en ejecución; pues Londres ha de ser siempre el más fértil campo de acción, cualesquiera que sean mis miras; y en cualquier caso allí seré recompensada por tu compañía y un poco de diversión tras diez semanas de penitencia en Churchill. Creo que le debo a mi carácter completar el matrimonio entre mi hija y Sir James después de haberlo tenido en mente durante tanto tiempo. Dime tu opinión sobre este punto. La flexibilidad de espíritu, la disposición fácilmente influenciada por otros, es un atributo que ya sabes que no tengo ningún deseo de poseer; ni Frederica tiene título alguno a que se le consientan sus caprichos a expensas de las inclinaciones de su madre. ¡Y ese fútil amor de ella por Reginald! Es sin duda mi deber desalentar semejante romanticería. Considerándolo todo, por tanto, parece de rigor llevarla a la ciudad y casarla inmediatamente con Sir James. Cuando mi voluntad se imponga en contra de la de él, podré anotarme algún mérito por estar en buenos términos con Reginald, lo que en realidad no ocurre en este momento; pues aunque sigue en mi poder, he cedido en el mismísimo punto que originó nuestra disputa, y cuando menos el honor de la victoria es dudoso. Dime tu opinión sobre todos estos asuntos, mi querida Alicia, y hazme saber si puedes encontrarme un alojamiento conveniente a corta distancia del tuyo.

Tu más afectuosa, S. VERNON.

XXVI

Mrs. Johnson a Lady Susan.

Edward Street.

Agradezco que recurras a mí, y este es mi consejo: que vengas a la ciudad tú misma, sin pérdida de tiempo, pero que dejes a Frederica atrás. Sin duda sería mucho más provechoso que te establecieras bien casándote con Mr. De Courcy, que irritarle a él y al resto de su familia obligándola a ella a casarse con Sir James. Deberías pensar más en ti misma y menos en tu hija. Ella no es de una disposición que te haga honor ante el mundo, y parece estar exactamente en su sitio en Churchhill, con los Vernon. Pero tú estás hecha para la vida social, y es una vergüenza tenerte desterrada de ella. Deja por tanto a Frederica que se castigue a sí misma por el tormento que te ha dado, abandonándose a esa ternura romántica que siempre le asegurará bastante miseria, y ven a Londres cuanto antes. Tengo otra razón para urgirte: Mainwaring vino a la ciudad la semana pasada y se las ha arreglado, a pesar de Mr. Johnson, para encontrar ocasiones de verme. Está absolutamente desesperado por ti y tan celoso de De Courcy que sería muy imprudente que se encontraran en este momento. Y sin embargo, si no le permites verte aquí, no puedo responder de que no cometa alguna gran imprudencia, como ir a Churchhill, por ejemplo, ique sería algo espantoso! Además, si sigues mi consejo y te decides a casarte con De Courcy, será para ti indispensable apartar a Mainwaring del camino; y solo tú tienes suficiente influencia para mandarlo de vuelta con su esposa. Tengo aún otro motivo para que vengas: Mr. Johnson sale de Londres el próximo martes; va por su salud a Bath, donde, si las aguas son favorables a su constitución y a mis deseos, quedará postrado por la gota durante muchas semanas. Durante su

ausencia podremos elegir nuestra propia compañía y disfrutar de verdad. Te invitaría a Edward Street, pero en cierta ocasión me obligó a hacerle una especie de promesa de no invitarte nunca a mi casa; nada salvo encontrarme en la mayor necesidad de dinero podría habérmela arrancado. Puedo conseguirte, sin embargo, un agradable apartamento con salón en Upper Seymour Street, y podremos estar siempre juntas allí o aquí; pues entiendo que mi promesa a Mr. Johnson solo comprende (al menos durante su ausencia) el que no duermas en la casa. El pobre Mainwaring me cuenta unas historias de los celos de su esposa... ¡Qué necia la mujer que espera fidelidad de un hombre tan encantador! Pero siempre fue tonta: insoportablemente tonta al casarse con él en absoluto, siendo ella la heredera de una gran fortuna y él sin un cuarto; un título, según sé, podría haber tenido, además de los barones. Su necedad al formar esa relación fue tan grande que, aunque Mr. Johnson era su tutor y en general no suelo compartir sus sentimientos, nunca he podido perdonárselo.

Adiós. Siempre tuya, ALICIA.

XXVII

Mrs. Vernon a Lady De Courcy.

Churchhill.

Esta carta, querida madre, se la llevará Reginald. Su larga visita está a punto de concluir al fin, pero me temo que la separación llega

demasiado tarde para que nos sea de algún bien. Ella va a Londres a ver a su particular amiga, Mrs. Johnson. Al principio era su intención que Frederica la acompañara, para beneficiarse de los maestros, pero en eso nos impusimos nosotros. Frederica estaba angustiada ante la idea de ir, y yo no podía soportar dejarla a merced de su madre; ningún maestro de Londres podría compensar la ruina de su bienestar. Habría temido también por su salud y por todo menos por sus principios; ahí creo que no puede ser dañada por su madre ni por las amistades de su madre; pero con esas amistades habría tenido que relacionarse (un círculo muy malo, no lo dudo), o quedar en total soledad, y apenas puedo decir cuál de las dos cosas habría sido peor para ella. Si está con su madre, además, estará, ¡ay!, en toda probabilidad con Reginald, y eso habría sido el mayor de los males. Aquí estaremos, con el tiempo, en paz, y nuestras ocupaciones regulares, nuestros libros y conversaciones, con el ejercicio, los niños y todos los placeres domésticos que pueda procurarle, irán, confío, venciendo poco a poco este afecto juvenil. No tendría ninguna duda al respecto de no ser por el hecho de que está siendo desdeñada a favor de ninguna otra mujer del mundo sino de su propia madre. Cuánto tiempo estará Lady Susan en la ciudad, ni si vuelve aquí, no lo sé. No pude ser cordial en mi invitación, pero si decide venir ninguna falta de cordialidad por mi parte la disuadirá. No pude evitar preguntarle a Reginald si pensaba estar en Londres este invierno, en cuanto supe que sus pasos se encaminaban allá; y aunque aseguró no tener nada decidido, había algo en su expresión y su voz al hablar que contradecía sus palabras. He terminado con los lamentos; considero el desenlace tan decidido que me resigno a él con desesperación. Si la abandona pronto por Londres, todo habrá concluido.

Su afectuosa, etc., C. VERNON.

XXVIII

Mrs. Johnson a Lady Susan.

Edward Street.

Mi queridísima amiga: Te escribo con la mayor angustia; acaba de producirse el más desafortunado acontecimiento. Mr. Johnson ha dado con el modo más eficaz de amargarnos a todas. Habrá escuchado, según imagino, por algún medio u otro, que pronto estarías en Londres, e inmediatamente se las arregló para sufrir un ataque de gota tal que deberá retrasar como mínimo su viaje a Bath, si no impedirlo del todo. Estoy persuadida de que la gota se provoca o se evita a voluntad; fue lo mismo cuando quise ir con los Hamilton a los Lagos; y hace tres años, cuando me apetecía Bath, nada podía inducirle a tener un síntoma gotoso.

Me alegra saber que mi carta tuvo tanto efecto en ti y que De Courcy es tuyo con toda seguridad. Escríbeme en cuanto llegues y dime en particular qué piensas hacer con Mainwaring. Es imposible decir cuándo podré ir a verte; estoy muy ocupada. Es tan abominable ponerse enfermo aquí en vez de en Bath que apenas puedo controlarme en absoluto. En Bath sus viejas tías le habrían cuidado, pero aquí recae todo sobre mí; y soporta el dolor con tal paciencia que no tengo la excusa habitual para perder los estribos.

Siempre tuya, ALICIA.

XXIX

Lady Susan Vernon a Mrs. Johnson.

Upper Seymour Street.

Mi querida Alicia: No hacía falta este último ataque de gota para que detestara a Mr. Johnson, pero ahora la magnitud de mi aversión escapa a toda estimación. ¡Tenerte confinada de enfermera en su habitación! Mi querida Alicia, ¡en qué error caíste al casarte con un hombre de su edad! Lo justo para ser formal, ingobernable y gotoso; demasiado viejo para ser agradable, demasiado joven para morir. Llegué anoche hacia las cinco; apenas había terminado de cenar cuando se presentó Mainwaring. No disimularé el verdadero placer que me produjo verle, ni hasta qué punto sentí el contraste entre su persona y sus modales y los de Reginald, con infinita desventaja para este último. Durante una hora o dos llegué incluso a vacilar en mi resolución de casarme con él, y aunque era una idea demasiado ociosa y absurda para permanecer mucho tiempo en mi mente, no siento ninguna prisa por la conclusión de mi matrimonio, ni aguardo con gran impaciencia el momento en que Reginald, según nuestro acuerdo, ha de estar en la ciudad. Probablemente aplazaré su llegada con algún pretexto u otro. No puede venir hasta que Mainwaring se haya ido. A veces sigo dudando sobre si casarme; si el viejo muriera quizás no vacilaría, pero un estado de dependencia del capricho de Sir Reginald no se avendrá con la libertad de mi espíritu; y si decido esperar ese acontecimiento, tengo excusa suficiente en el hecho de no llevar aún diez meses de viuda. No le he dado a Mainwaring ningún indicio de mis intenciones, ni le he permitido considerar mi trato con Reginald como algo más que el más vulgar flirteo, y está razonablemente aplacado. Hasta la próxima; estoy encantada con mi alojamiento.

Siempre tuya,S. VERNON.

XXX

Lady Susan Vernon a Mr. De Courcy.

Upper Seymour Street.

He recibido su carta, y aunque no pretendo ocultar que me complace su impaciencia por el momento del encuentro, me encuentro sin embargo en la necesidad de aplazar ese momento más allá del plazo originalmente fijado. No me tome por poco amable por ejercer así mi poder, ni me acuse de inconstancia sin escuchar antes mis razones. A lo largo del viaje desde Churchhill tuve sobrada ocasión para reflexionar sobre el estado presente de nuestros asuntos, y cada consideración me ha servido para convencerme de que requieren una delicadeza y cautela de conducta a la que hasta ahora hemos prestado demasiado poca atención. Nos hemos dejado arrastrar por nuestros sentimientos hacia un grado de precipitación que mal se aviene con los derechos de nuestros allegados o con la opinión del mundo. Hemos sido imprudentes al formar este compromiso apresurado, pero no debemos completar la imprudencia ratificándolo mientras haya tan poderosas razones para temer que la unión sea combatida por esos allegados de quienes usted depende. No nos corresponde a nosotros censurar las expectativas de su padre de que se case ventajosamente; cuando los bienes son tan extensos como los de su familia, el deseo de acrecentarlos, si no del todo razonable, es demasiado común para

susitar sorpresa o resentimiento. Tiene derecho a exigir una mujer de fortuna en su nuera, y a veces me reprocho a mí misma el haberle permitido a usted formar una relación tan imprudente; pero la influencia de la razón se reconoce con demasiada frecuencia demasiado tarde por quienes sienten como yo. Llevo ahora solo unos pocos meses de viuda, y por poco en deuda que esté con la memoria de mi marido por ninguna felicidad derivada de él durante una unión de algunos años, no puedo olvidar que la indiscreción de un segundo matrimonio tan pronto ha de exponerme a la censura del mundo, y a incurrir en lo que sería aún más insoportable: el disgusto de Mr. Vernon. Quizás pudiera endurecerme con el tiempo frente a la injusticia de la reprobación general, pero la pérdida de su estimada consideración es, como usted bien sabe, algo que mal puedo soportar; y cuando a eso se añade la conciencia de haberle perjudicado ante su familia, ¿cómo sostenerme? Con unos sentimientos tan intensos como los míos, la convicción de haber separado al hijo de sus padres me haría, incluso con usted, la más desgraciada de los seres. Será, por tanto, sin duda aconsejable aplazar nuestra unión, aplazarla hasta que las circunstancias sean más prometedoras, hasta que los asuntos hayan tomado un giro más favorable. Para ayudarnos en semejante resolución, siento que la ausencia será necesaria. No debemos vernos. Por dura que pueda parecer esta sentencia, la necesidad de pronunciarla, que es lo único que puede reconciliarme con ella, le resultará evidente cuando haya considerado nuestra situación bajo la luz en que yo me he visto perentoriamente obligada a considerarla. Puede usted estar —debe estar— bien seguro de que nada sino la más firme convicción del deber podría inducirme a herir mis propios sentimientos urgiendo una separación prolongada, y de insensibilidad hacia los suyos difícilmente podrá sospecharme. Por tanto, repito que no debemos, no podemos vernos aún. Alejándonos el uno del otro durante algunos meses tranquilizaremos los temores fraternales de Mrs. Vernon quien, acostumbrada ella misma al disfrute de las riquezas, considera la fortuna necesaria en todas partes, y cuyas sensibilidades no son de naturaleza tal que comprenda las nuestras. Escríbame pronto, muy pronto. Dígame que se somete a mis

argumentos y no me reproche el haberlos empleado. No puedo soportar los reproches: mis ánimos no son tan altos como para necesitar que los refrenen. Debo procurar buscar distracción, y afortunadamente muchos de mis amigos están en la ciudad; entre ellos los Mainwaring; ya sabe usted con qué sinceridad los aprecio a los dos, al marido y a la mujer.

De usted, muy fielmente, S. VERNON.

XXXI

Lady Susan a Mrs. Johnson.

Upper Seymour Street.

Mi querida amiga: Esa criatura atormentadora de Reginald está aquí. Mi carta, que tenía por objeto retenerle más tiempo en el campo, le ha apresurado a venir a la ciudad. Por mucho que desee que se vaya, no puedo evitar estar complacida por semejante prueba de afecto. Está entregado a mí en cuerpo y alma. Llevará él mismo esta nota, que ha de servirle de presentación ante ti, con quien tiene muchos deseos de conocerse. Permítele pasar la velada contigo, para que yo no corra el peligro de que vuelva aquí. Le he dicho que no me encuentro muy bien y que debo estar sola; y si llamara de nuevo podría haber confusión, pues es imposible fiarse de los criados. Retenle, por tanto, te lo ruego, en Edward Street. No te resultará una compañía pesada, y te permito flirtear con él todo lo que quieras. Al mismo tiempo, no olvides mi verdadero interés; di

todo lo que puedas para convencerle de que estaré completamente desgraciada si permanece aquí; ya conoces mis razones: el decoro, y todo lo demás. Yo misma los expondría con más detalle, pero que tengo impaciencia por librarme de él, pues Mainwaring llega dentro de media hora. ¡Adiós!

S. VERNON.

XXXII

Mrs. Johnson a Lady Susan.

Edward Street.

Mi querida criatura: Estoy angustiadísimas y no sé qué hacer. Mr. De Courcy llegó en el peor momento posible. Mrs. Mainwaring había entrado en la casa ese mismo instante y se había impuesto a la presencia de su tutor, aunque yo no supe nada de ello hasta después, pues estaba fuera cuando llegaron tanto ella como Reginald, o le habría mandado de vuelta en cualquier caso; pero ella estaba encerrada con Mr. Johnson mientras él esperaba en el salón mi llegada. Llegó ayer en busca de su marido, aunque quizás ya sabes eso por él mismo. Vino a esta casa a implorar la intervención de mi marido, y antes de que yo pudiera estar al tanto de nada, todo lo que habrías deseado mantener oculto era ya conocido por él, y encima ella le había sonsacado al criado de Mainwaring que este te había visitado todos los días desde tu llegada a la ciudad, ¡y ella misma le había seguido hasta tu puerta! ¿Qué podía hacer yo? ¡Los

hechos son cosas tan horribles! Todo lo sabe ya De Courcy, que está en este momento a solas con Mr. Johnson. No me culpes; de verdad que era imposible evitarlo. Mr. Johnson sospechaba desde hace algún tiempo que De Courcy tenía intención de casarse contigo, y quiso hablar con él a solas en cuanto supo que estaba en la casa. Esa detestable Mrs. Mainwaring, que, para tu consuelo, se ha consumido hasta quedar más delgada y más fea que nunca, sigue aquí, y han estado todos encerrados juntos. ¿Qué puede hacerse? En cualquier caso, espero que él atormente a su mujer más que nunca.

Con angustiados deseos,Tuya fielmente,ALICIA.

XXXIII

Lady Susan a Mrs. Johnson.

Upper Seymour Street.

Este éclaircissement es bastante irritante. ¡Qué mala suerte que estuvieras fuera! ¡Estaba segura de encontrarte a las siete! No me desanimo, sin embargo. No te atormentes con temores por mí; puedes estar segura de que puedo hacer que mi versión resulte satisfactoria a Reginald. Mainwaring acaba de marcharse; me trajo la noticia de la llegada de su mujer. Necia mujer, ¿qué espera con semejantes maniobras? Y sin embargo ojalá se hubiera quedado tranquilamente en Langford. Reginald se enojará un poco al

principio, pero para la cena de mañana todo habrá vuelto a estar bien.

¡Adiós! S. V.

XXXIV

Mr. De Courcy a Lady Susan.

Hotel —.

Le escribo solo para despedirme; el hechizo se ha roto; la veo como es usted. Desde que nos separamos ayer, he recibido de fuente indiscutible una relación de su conducta que ha de traer la más mortificante convicción del engaño del que he sido víctima, y la absoluta necesidad de una separación inmediata y eterna de su persona. No puede dudar a qué aludo. ¡Langford! ¡Langford! esa palabra será suficiente. Recibí mi información en casa de Mr. Johnson, de labios de la propia Mrs. Mainwaring. Sabe usted cuánto la he amado; puede juzgar íntimamente cuáles son mis sentimientos presentes; pero no soy tan débil como para buscar alivio describiéndoselos a una mujer que se envanecerá de haber excitado su tormento, pero cuyos afectos nunca han podido ganar.

R. DE COURCY.

XXXV

Lady Susan a Mr. De Courcy.

Upper Seymour Street.

No intentaré describir mi asombro al leer la nota que acabo de recibir de usted. Estoy confundida en mis esfuerzos por conjeturar qué puede haberle contado Mrs. Mainwaring para ocasionar un cambio tan extraordinario en sus sentimientos. ¿No le he explicado yo todo lo que respecta a mí misma que podía prestarse a una interpretación dudosa y que la malevolencia del mundo ha interpretado en mi descrédito? ¿Qué ha podido escuchar ahora que conmueva su estima hacia mí? ¿He tenido jamás ningún secreto para usted? Reginald, usted me agita más allá de toda expresión; no puedo suponer que la vieja historia de los celos de Mrs. Mainwaring pueda resucitar de nuevo, o al menos volver a encontrar quien la escuche. Venga a verme de inmediato y explíqueme lo que en este momento es absolutamente incomprensible. Créame, la sola palabra de Langford no tiene tanta potencia como para obviar la necesidad de algo más. Si hemos de separarnos, al menos sería decente tomarse la molestia de despedirse personalmente; pero tengo poco humor para bromas; en verdad, estoy bastante seria; pues caer, aunque sea por una hora, en su estima es una humillación a la que no sé cómo someterme. Contaré cada minuto hasta su llegada.

S. V.

XXXVI

Mr. De Courcy a Lady Susan.

Hotel —.

¿Por qué me escribe usted? ¿Por qué exige detalles? Pero, ya que ha de ser así, me veo obligado a declarar que todos los relatos de su mala conducta durante la vida y desde la muerte de Mr. Vernon que habían llegado a mis oídos, al igual que al resto del mundo en general, y que habían obtenido mi plena credencia antes de conocerla, pero que usted, haciendo valer sus pervertidas facultades, me había hecho resolver en desechar, han sido demostrados ante mí de manera irrefutable; más aún: se me ha asegurado que existe desde hace algún tiempo, y continúa existiendo, entre usted y el hombre cuya familia usted privó de su paz en pago por la hospitalidad con que fue recibida en ella, una relación de cuya existencia no había tenido hasta ahora ni el menor pensamiento; que se ha carteadado con él desde que abandonó Langford: no con su esposa, sino con él, y que ahora la visita todos los días. ¿Puede, se atreve usted a negarlo? ¡Y todo esto en el tiempo en que yo era un pretendiente alentado y aceptado! ¡De qué he escapado! Solo me cabe dar gracias. Lejos de mí toda queja, todo suspiro de arrepentimiento. Mi propia necedad me había puesto en peligro; mi salvación se la debo a la bondad y la integridad de otra persona; pero la desgraciada Mrs. Mainwaring, cuyos agitados sollozos mientras relataba el pasado parecían amenazar su razón, ¿cómo ha de ser consolada? Tras semejante descubrimiento, difícilmente puede seguir fingiendo asombro ante el sentido de mi despedida. Mi juicio está al fin restaurado, y me enseña tanto a aborrecer los artificios que me habían subyugado como a

despreciarme a mí mismo por la debilidad sobre la que fundaban su fuerza.

R. DE COURCY.

XXXVII

Lady Susan a Mr. De Courcy.

Upper Seymour Street.

Estoy satisfecha y no le molestaré más una vez despachadas estas pocas líneas. El compromiso que usted se apresuraba a formalizar hace quince días ya no es compatible con sus miras, y me alegra saber que el prudente consejo de sus padres no ha sido dado en vano. Su recuperación de la paz, no lo dudo, seguirá prontamente a este acto de obediencia filial, y me lisonjeo con la esperanza de sobrevivir a mi parte en este desengaño.

S. V.

XXXVIII

Mrs. Johnson a Lady Susan Vernon.

Edward Street.

Me aflige, aunque no puedo sorprenderme, su ruptura con Mr. De Courcy; él acaba de comunicársela a Mr. Johnson por carta. Abandona Londres, dice, hoy. Tenga la seguridad de que participo de todos sus sentimientos, y no se enoje si le digo que nuestra relación, aun por carta, deberá pronto interrumpirse. Me hace desgraciada; pero Mr. Johnson jura que si persisto en el trato se retirará al campo por el resto de su vida, y ya sabe que es imposible someterse a tal extremo mientras quede alguna otra alternativa. Habrá oído, naturalmente, que los Mainwaring van a separarse, y me temo que Mrs. M. volverá a vivir con nosotros; pero sigue tan apegada a su marido y se consume tanto por su causa que quizás no viva mucho tiempo. Miss Mainwaring acaba de venir a la ciudad para estar con su tía, y dicen que declara que se casará con Sir James Martin antes de volver a irse de Londres. Yo que usted desde luego le haría llegar antes. Casi había olvidado darle mi opinión sobre Mr. De Courcy; estoy realmente encantada con él; es tan apuesto, creo, como Mainwaring, y con un semblante tan franco y afable que no puede uno evitar quererle a primera vista. Mr. Johnson y él son los mejores amigos del mundo. Adiós, mi queridísima Susan; ojalá las cosas no fueran tan adversas. ¡Esa maldita visita a Langford! Pero me digo que usted lo hizo todo lo mejor que podía, y no hay forma de torcer el destino.

Su sinceramente afectuosa, ALICIA.

XXXIX

Lady Susan a Mrs. Johnson.

Upper Seymour Street.

Mi querida Alicia: Me rindo a la necesidad que nos separa. En tales circunstancias no podías obrar de otro modo. Nuestra amistad no quedará por ello mermada, y en tiempos más felices, cuando tu situación sea tan independiente como la mía, nos reunirá de nuevo con la misma intimidad de siempre. Aguardo ese momento con impaciencia, y mientras tanto puedo asegurarte con toda tranquilidad que nunca me he sentido más serena, ni más satisfecha conmigo misma y con todo lo que me rodea, que en la hora presente. A tu marido le aborrezco, a Reginald le desprecio, y tengo la certeza de no volver a ver a ninguno de los dos. ¿No tengo razón para regocijarme? Mainwaring está más entregado a mí que nunca, y si fuéramos libres, dudo que pudiera resistirme ni siquiera al matrimonio ofrecido por él. Este acontecimiento, si su mujer vive contigo, puede que esté en tu mano acelerarlo. La violencia de sus sentimientos, que ha de consumirla, puede mantenerse fácilmente en irritación. Cuento con tu amistad para ello. Estoy convencida ya de que nunca podría haber llegado a casarme con Reginald, e igualmente decidida a que Frederica no lo haga jamás. Mañana iré a buscarla a Churchill, y que tiemble Maria Mainwaring por las consecuencias. Frederica será la esposa de Sir James antes de que abandone mi casa, y que ella se lamente, y que los Vernon se indignen: me tienen sin cuidado. Estoy harta de someter mi voluntad a los caprichos de los demás, de renunciar a mi propio juicio en deferencia a quienes no les debo ningún deber y por quienes no siento ningún respeto. He cedido demasiado y me he dejado manejar con demasiada facilidad; pero Frederica sentirá ahora la

diferencia. Adiós, la más querida de las amigas; ¡que el próximo ataque de gota sea más favorable! y que me tengas siempre como inquebrantablemente tuya,

S. VERNON.

XL

Lady De Courcy a Mrs. Vernon.

Mi querida Catherine: Tengo unas noticias encantadoras para ti, y si no hubiera enviado esta mañana mi carta te habrías ahorrado la contrariedad de saber que Reginald había ido a Londres, pues ha vuelto. Reginald ha vuelto, no para pedirnos consentimiento para casarse con Lady Susan, sino para decirnos que se han separado para siempre. Solo lleva una hora en casa, y no he podido enterarme de los detalles, pues está tan abatido que no tengo corazón para hacerle preguntas, pero espero que pronto lo sabremos todo. Esta es la hora más dichosa que nos ha dado desde el día de su nacimiento. Solo falta que estés aquí, y es nuestro deseo y ruego particular que vengas cuanto antes. Nos llevas muchas semanas debiendo una visita; espero que nada la haga inconveniente para Mr. Vernon; y trae a todos mis nietos, por favor; y tu querida sobrina va incluida, por supuesto; tengo muchas ganas de verla. Ha sido un invierno triste y pesado hasta ahora, sin Reginald y sin ver a nadie de Churchill. Nunca encontré la estación tan sombría como antes; pero este feliz reencuentro nos rejuvenecerá a todos. Frederica ocupa mucho mis pensamientos, y cuando Reginald haya recobrado

su habitual buen humor (como confío que pronto lo haga) intentaremos robarle el corazón una vez más, y abrigo grandes esperanzas de ver sus manos unidas en no mucho tiempo.

Tu afectuosa madre,C. DE COURCY.

XLI

Mrs. Vernon a Lady De Courcy.

Churchhill.

¡Querida madre, su carta me ha sorprendido sobremanera! ¿Puede ser verdad que estén realmente separados, y para siempre? Estaría encantadísima si me atreviera a fiarme de ello, pero después de todo lo que he visto, ¿cómo puede una estar segura? ¡Y Reginald de verdad con ustedes! Mi sorpresa es mayor porque el miércoles, el mismo día de su llegada a Parklands, recibimos una visita de lo más inesperada e ingrata de Lady Susan, que parecía toda jovialidad y buen humor, y más como si fuera a casarse con él cuando llegara a Londres que como si se hubiera separado de él para siempre. Se quedó casi dos horas, tan afectuosa y agradable como siempre, y ni una sílaba, ni la menor insinuación sobre ningún desacuerdo ni enfriamiento entre ellos. Le pregunté si había visto a mi hermano desde su llegada a la ciudad, no, como puede suponerse, con ninguna duda al respecto, sino meramente para ver cómo se le ponía la cara. Respondió de inmediato, sin el menor embarazo, que él había tenido la amabilidad de pasar a verla el lunes; pero que

creía que ya había vuelto a casa, lo cual estaba muy lejos de creermelo. Su amable invitación es aceptada por nosotros con mucho gusto, y el jueves próximo estaremos con ella junto con nuestros pequeños. ¡Que el Cielo quiera que Reginald no haya vuelto a la ciudad para entonces! Ojalá pudiéramos traer también a la querida Frederica, pero lo siento mucho: el motivo de la visita de su madre aquí fue llevársela, y por desgraciada que hizo a la pobre muchacha, era imposible detenerla. Yo estaba muy poco dispuesta a dejarla ir, y su tío también; e hicimos valer todo cuanto podía argumentarse; pero Lady Susan declaró que estando ahora a punto de instalarse en Londres durante varios meses, no podía estar tranquila si su hija no estaba con ella por los maestros, etc. Sus modales, a decir verdad, fueron muy amables y apropiados, y Mr. Vernon cree que Frederica recibirá ahora un trato afectuoso. Ojalá yo también pudiera pensarlo. El corazón de la pobre muchacha casi se partía al despedirse de nosotros. Le encargué que me escribiera muy a menudo y que recordara que si se encontraba en algún apuro seríamos siempre sus amigos. Tuve cuidado de verla a solas para poder decirle todo esto, y espero haberla dejado un poco más consolada; pero no estaré tranquila hasta que pueda ir a la ciudad y juzgar yo misma su situación. Ojalá hubiera una perspectiva mejor de lo que parece ahora del matrimonio que el final de su carta declara esperar. En este momento no es muy probable.

Siempre suya, etc., C. VERNON.

CONCLUSIÓN

Esta correspondencia, al producirse un encuentro entre algunas de las partes y una separación entre otras, no pudo continuar por más tiempo, con gran perjuicio para los ingresos de Correos. Muy poca ayuda al Estado podía derivarse del comercio epistolar entre Mrs. Vernon y su sobrina; pues la primera percibió pronto, por el estilo de las cartas de Frederica, que estaban escritas bajo la inspección de su madre, y aplazando por tanto todo interrogatorio particular hasta que pudiera hacerlo en persona en Londres, dejó de escribir con minuciosidad o frecuencia. Habiendo aprendido mientras tanto lo suficiente, por su franco hermano, de lo que había pasado entre él y Lady Susan para hacer bajar a esta aún más en su estima, estaba correlativamente más ansiosa por conseguir que Frederica fuera apartada de semejante madre y puesta bajo su propio cuidado; y, aunque con escasa esperanza de éxito, estaba resuelta a no dejar nada sin intentar que pudiera ofrecer alguna posibilidad de obtener el consentimiento de su cuñada para ello. Su inquietud al respecto le llevó a reclamar una visita temprana a Londres; y Mr. Vernon, que, según habrá quedado ya de manifiesto, no vivía sino para hacer cuanto se le pedía, encontró pronto algún acomodaticio asunto que le llamaba allá. Con el corazón lleno del asunto, Mrs. Vernon fue a ver a Lady Susan poco después de su llegada a la ciudad, y se encontró con una afectividad tan desenvuelta y jovial que casi la hizo apartarse de ella con horror. Ningún recuerdo de Reginald, ninguna conciencia de culpa le daba una expresión de embarazo; estaba de excelente humor y parecía ansiosa por mostrar de inmediato con toda suerte de atenciones a su hermano y cuñada su sentido de la amabilidad de ellos y el placer que le producía su compañía. Frederica no estaba más cambiada que Lady Susan; los mismos modales cohibidos, la misma mirada tímida en presencia de

su madre que antes, aseguraron a su tía que su situación era incómoda y la afirmaron en el plan de modificarla. No se apreciaba, sin embargo, ninguna crueldad por parte de Lady Susan. La persecución sobre el asunto de Sir James había concluido del todo; su nombre solo se mencionaba para decir que no estaba en Londres; y, en efecto, en toda su conversación se mostraba atenta únicamente al bienestar y la mejora de su hija, reconociendo con palabras de agradecida alegría que Frederica iba siendo día a día más y más lo que una madre puede desear. Mrs. Vernon, sorprendida e incrédula, no sabía qué sospechar, y sin ningún cambio en sus propios propósitos, solo temía mayor dificultad para llevarlos a cabo. El primer atisbo de algo mejor se derivó de la pregunta que Lady Susan le hizo sobre si le parecía que Frederica tenía tan buen aspecto como en Churchhill, ya que debía confesar que en ocasiones la asaltaba una inquieta duda sobre si Londres le sentaba del todo bien. Mrs. Vernon, alentando la duda, propuso de inmediato que su sobrina volviese con ellos al campo. Lady Susan no encontraba palabras para expresar su gratitud por tanta amabilidad; y sin embargo, por diversas razones, no sabía cómo separarse de su hija; y como, aunque sus propios planes no estaban aún del todo fijados, confiaba en que antes de mucho le sería posible llevar a Frederica ella misma al campo, concluyó por no aprovecharse de tan extraordinaria atención. Mrs. Vernon insistió en el ofrecimiento, y aunque Lady Susan continuó resistiéndose, su resistencia en el transcurso de unos pocos días parecía algo menos formidable. La oportuna alarma de una influenza decidió lo que quizás no habría quedado decidido tan pronto. Los temores maternos de Lady Susan se despertaron entonces de manera que no le dejó pensar en otra cosa que no fuera sacar a Frederica del riesgo del contagio; y de todos los males del mundo era la influenza lo que más temía para la constitución de su hija!

Frederica regresó a Churchhill con su tío y su tía; y tres semanas después, Lady Susan anunció haberse casado con Sir James Martin. Mrs. Vernon se convenció entonces de lo que solo había sospechado antes: que podría haberse ahorrado toda la molestia de urgir una

partida que Lady Susan había resuelto indudablemente desde el principio. La visita de Frederica fue en principio por seis semanas, pero su madre, aunque la invitó a volver en una o dos afectuosas cartas, estaba muy dispuesta a complacer a todos consintiendo en prolongar su estancia, y al cabo de dos meses dejó de escribir sobre su ausencia, y al cabo de dos más de escribirle del todo. Frederica quedó por tanto fijada en la familia de su tío y su tía hasta el momento en que a Reginald De Courcy pudiera convencersele, halagársele y maniobrase con él para despertar en él un afecto hacia ella que, dejando tiempo para la conquista de su apego hacia su madre, para su abjuración de todo afecto futuro y su aborrecimiento del sexo, podía razonablemente esperarse en el transcurso de un año. Tres meses habrían bastado en general, pero los sentimientos de Reginald eran tan duraderos como vivos. Si Lady Susan fue o no feliz en su segunda elección, no veo cómo puede determinarse jamás; pues ¿quién tomaría su propia palabra al respecto en ninguno de los dos sentidos? El mundo ha de juzgar por las probabilidades; no tenía nada en contra suya salvo su marido y su conciencia. Sir James puede parecer haber sacado una suerte más dura de la que su mera necedad merecía; le dejo por tanto a toda la compasión que alguien pueda dedicarle. Por mi parte, confieso que solo puedo compadecer a Miss Mainwaring; quien, viniendo a la ciudad y gastándose en vestidos una suma que la empobreció por dos años, con el propósito expreso de asegurársele, fue defraudada de lo que le correspondía por una mujer diez años mayor que ella.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB